

¡CUIDADO, SIETE SECRETOS!

Enid
Blyton



F. COMAS

Lectulandia

Fué *Scamper* quien descubrió al intruso que trataba de hacerse pasar por un miembro de los Siete Secretos en una de sus reuniones, y el que posteriormente demostró ser más que una estufa de cuatro patas durante una vigilancia nocturna en el bosque de Bramley cuando unos nerviosos Siete Secretos esperaban a... ¿qué?

Lectulandia

Enid Blyton

¡Cuidado, Siete Secretos!

Siete Secretos - 14

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

Título original: *Look out Secret Seven*
Enid Blyton, 1962
Traducción: Federico Ulsamer
Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



¡CUIDADO, SIETE SECRETOS!

Enid Blyton

Illustrated by Burgess Sharrocks



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la decimocuarta novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

¡Al fin, vacaciones!

—¡Al fin, vacaciones! —exclamó Peter entrando por la puerta trasera.

Lanzó la cartera a la cocina, y la casualidad quiso que cayera en la silla donde dormitaba el gato. Éste soltó un maullido de terror y desapareció a todo correr por la ventana.

—¿Por qué has asustado al pobre *Puss*? —gruñó la cocinera sin dejar de amasar vigorosamente la pasta del budín—. Estaba descansando: se ha pasado la noche cazando ratones en el patio de la granja y está cansado.

—No sabía que estaba ahí —se excusó Peter—. Palabra que no lo sabía. ¿Puedo probar esta cosa tan rica, Cookie?

—No —contestó la cocinera—. ¿Dónde está tu hermana? ¡Santo Dios, otra vez vacaciones! ¡No pararáis de hacer visitas a la cocina para fastidiarme! ¡Qué días, Señor!

—¡No te enfades, Cookie! —susurró Peter—. Tendrás dos pinches que te harán recados, te fregarán los platos y te dirán que haces la tarta de manzana como nadie.

—Pero también dos ladronzuelos que me robarán bollos de la despensa, me pedirán continuamente pasas para tener algo que masticar, y limonada, y...

En este momento entró Janet corriendo. Abrazó a Cookie y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué comemos hoy? —preguntó.

—No pensáis más que en tragar —refunfuñó la cocinera, amasando la pasta con redoblada energía—. Lo que tenéis que hacer es ir al cuarto de estar para saludar a vuestra madre y a vuestra madrina, que está con ella. Me parece que os ha traído un regalito, alguna golosina...

Peter y Janet se dirigieron sin pérdida de tiempo a la salita.

Los dos querían mucho a tía Lou, su madrina. Le dieron un abrazo y le dijeron que habían empezado las vacaciones.

—Ahora podremos ir a verte.

—Espera a que te pregunten, Peter —exclamó su madre—. ¿Qué has hecho para tener esas rodillas tan negras? ¡Cualquiera diría que has venido de la escuela a casa de rodillas y pasando por todos los charcos!

—Voy a lavármelas —contestó Peter, avergonzado. Y añadió en un tono de extrañeza—: Mamá, no comprendo como...

—Bueno —dijo la madrina—, voy a daros mi regalito de vacaciones. No puedo esperar a que te laves las rodillas, pues perdería el autobús. Aún deben de gustaros los bombones, ¿no?

Y les entregó una gran caja de cartón. Tan grande era, que Peter y Janet no podían creer que contuviera sólo bombones.

—Sé que tenéis algo así como un club —dijo tía Lou—. Sois siete u ocho, ¿verdad? Creo que os vendrá bien esa caja para vuestra próxima reunión.

Peter la abrió y contempló maravillado su contenido.

—¡Mira, Janet! ¡Docenas y docenas de bombones de todas clases! ¡Caramba, mamá! ¡No tendré más remedio que convocar una reunión! ¡Oh, tía Lou; qué espléndida eres! ¿Nos los podemos comer todos?

—¡Pues claro! Son para vosotros y para vuestros amigos —repuso la madrina, levantándose—. Bueno, me voy, pues no quiero perder el autobús. ¿Queréis acompañarme a la parada?

¡Claro que fueron a despedir a tía Lou! Y cuando el autobús partió, volvieron a casa, y se fueron derechos a la salita para admirar la caja de bombones.

—No los toquemos hasta que estemos reunidos los Siete Secretos —propuso Peter—. Daremos uno a mamá y otro a Cookie, pero nosotros no debemos probarlos. Hace la mar de tiempo que no hemos tenido una buena reunión, y gracias a estos bombones podremos celebrar una de las más sonadas.

—Yo la convocaría para mañana mismo —propuso alegremente Janet—. ¡Oh, qué felicidad estar ya en plenas vacaciones! ¡Reuniones en el cobertizo, la contraseña para entrar, la insignia del club en el pecho...!

—¿Has dicho la contraseña? —preguntó Peter—. Oye, ¿sabes que no me acuerdo de la última? ¿Cuál era, demonio?

—Parece mentira que la hayas olvidado —contestó Janet—. ¿No recuerdas que escogimos la palabra «Vacaciones», porque suponíamos que éstas tenían que empezar cuando nos reuniéramos de nuevo? Apuesto lo que quieras a que todos se acuerdan. Vayamos esta tarde a avisarles, o citémoslos por teléfono. Mañana a las cinco de la tarde. Es la mejor hora.

—¡Pero si es la hora de la merienda! —exclamó Peter.

—¡Qué tonto eres! Por eso mismo lo digo. Será la mejor hora para zamparnos los bombones.

—Tienes razón. ¿Por qué no escribes las citas, Janet? Así la reunión tendrá un carácter más solemne y oficial.

—Escríbelas tú —repuso Janet—. Así resultará más «oficial», puesto que eres el jefe del club.

—Bueno, quizá sea más rápido telefonar —concedió Peter—. ¡Oh, será magnífico que los Siete Secretos volvamos a entrar en acción! Espero que pronto tendremos algún asunto emocionante.

—Siempre suele ocurrir algo —dijo Janet—, especialmente si la antipática de Sussy está cerca de nosotros.

—Jack dice que Sussy está cada día más inaguantable —comentó Peter—. Si yo tuviera una hermana como ella, siempre estaría vigilándola y...

—No adelantarías nada —opinó Janet—. Nadie ha podido sacar partido de Sussy. Te apuesto diez contra uno a que mañana intenta colarse en nuestra reunión.

—Con no dejarla entrar, en paz —gruñó Peter—. ¡Hola, *Scamper*! ¿Dónde te has metido? ¿Porqué no viniste a darnos la bienvenida sabiendo que hoy empezamos las

vacaciones?

Scamper era un simpático *spaniel* dorado. Estaba en las colinas con Matt, el pastor, jugando con el fiel *Shadow*, el perro guardián del ganado, cuando se acordó de que Peter le había dicho que aquel día empezaban las vacaciones. ¡Vacaciones! *Scamper* sabía muy bien lo que significaba esta palabra: días y más días en compañía de Peter y Janet, paseos, juegos, diversiones, golosinas de todas clases...

Al recordar esto, *Scamper* había lanzado un repentino ladrido y, para sorpresa del colley *Shadow*, había echado a correr cuesta abajo a la velocidad del rayo. El aire agitaba sus largas orejas. ¡Vacaciones!



Pronto llegó cerca de los niños, ladrando alegremente. Pero su olfato le anunció que había bombones.

«Será mejor que me esté quietecito», decidió.

—El primero será para ti —dijo Janet, cogiendo un bombón de la primera capa—. ¡Cógelo!

¡Zas! Un brinco, y ya estaba en la boca de *Scamper*: el bombón había sido cazado al vuelo.

—Verdaderamente, darte bombones es malgastarlos —exclamó Janet—. Me subleva ver que ni siquiera los masticas. Mañana celebraremos una reunión los Siete Secretos, y nos gustará que asistas a ella. ¿Vendrás?

—¡Guau! —Ladró *Scamper* lleno de alegría y agitando su cortísimo rabo, que en aquel momento parecía el badajo de una campana.

¡Reuniones! ¡Bombones! ¡Vacaciones! ¡Guau, guau! ¡Qué buena vida le esperaba!

Una sorpresa para los Siete Secretos

Aquella tarde, Peter y Janet telefonearon a los otros cinco miembros del club y les hablaron de la reunión y de la gran cantidad de bombones que tenían.

—Si podéis traer algo para beber: naranjada o limonada, por ejemplo, nosotros pondremos la comida —dijo Peter.

Pronto estuvieron citados todos los socios del club. Peter dejó al fin el auricular.

—No me gusta telefonarles. ¡Son todos tan charlatanes!

—¡Pues mira que tú! —exclamó Janet—. ¡Menudo rato has estado hablando con Jorge y Colín! Ha sido una mala pata que Sussy cogiera el teléfono cuando ibas a hablar con Jack. Ahora ya sabe que vamos a reunimos y estoy segura de que nos hará una de sus jugarretas. Desde luego, no dará el recado a Jack.

—Ha dicho que mañana ha de ir a una fiesta de disfraces —dijo Peter—. De modo que estamos libres de ella.

—¡Oh, sí! ¡Ahora lo recuerdo! —exclamó Janet—. Su primo da una fiesta de disfraces mañana por la tarde. Me gustaría saber qué disfraz se pondrá Sussy. También va su antipática amiga Binkie.

—Sussy —dijo Peter— insinuó que se disfrazarían de «Jack y Jill», pero me temo que no se ahogarán en un cubo de agua. Me gustaría darles una ducha de agua helada.

—No podrías —replicó Janet, echándose a reír al imaginarse a Peter persiguiendo a Sussy—. Sería ella la que te daría un remojón antes de que pudieras evitarlo.

—No seas estúpida. Jamás podrá hacerme una chica una trastada así. Ahora escucha. Mañana tendremos que trabajar de firme para preparar la reunión en el cobertizo. Has de buscar las grandes letras C. S. S. para clavarlas en la puerta. Recuerda que las quitamos porque se mojaban cuando llovía. Y, sobre todo, que no nos falten las insignias.

—No te preocupes: las guardé en mi joyero.

—Ojalá estén allí —repuso Peter—. La última vez que lo abrí vi caramelos, una cinta nueva, un trocito de lacre, un broche roto y otras cosas parecidas.

—No tienes derecho a curiosear en mi joyero —protestó Janet.

—¡Bueno, bueno! —exclamó Peter—. No debemos pelearnos cuando hay tanto que hacer. No creo que el jardinero se haya llevado los cajones que nos sirven de asiento. Y supongo que tú, *Scamper*, habrás limpiado de ratas y ratones nuestro cobertizo. Me moriría de vergüenza si mañana intentara alguna rata tomar parte en nuestra reunión.

—¡Uf! ¡Qué ocurrencia tan horrible! —gritó Janet.

Scamper lanzó un fuerte ladrido para indicar que ya había tenido en cuenta lo de las ratas, pero que lo primero que haría a la mañana siguiente sería asegurarse de que no había ninguna en el cobertizo.

Al día siguiente se dedicaron al divertido trabajo de volver a arreglar, limpiar y ordenar el cobertizo. El jardinero se asomó e hizo un movimiento de aprobación con

la cabeza.

—¡Ya era hora! —Le oyeron murmurar mientras se alejaba por el sendero.

Janet contempló el local recién arreglado. Se sentía satisfecha de su trabajo. Los cajones estaban en su sitio. En el estante había vasos limpios que servirían para tomar la bebida que trajesen. También se veían siete platos de postre para los bombones que había que repartir. La caja estaba al alcance de la mano. Y en el suelo había una alfombra vieja.



—¡Qué bonito está todo! —exclamó Janet—. ¿Verdad que huele a manzanas, Peter? ¡Se han guardado tantas aquí durante el invierno! He clavado las tres grandes letras en la puerta. Lástima que la ventana sea tan pequeña. Estamos a media luz. Pero la oscuridad no es tanta como para que sea necesario encender velas. ¿No te parece?

—Desde luego —contestó Peter—. De todas formas, mamá no quiere que las encendamos. Dice que *Scamper* podría volcar alguna, y entonces ardería el cobertizo.

—Y vendrían los bomberos, y nuestra reunión resultaría la más emocionante de todas las que hemos celebrado hasta hoy —concluyó Janet.

La reunión empezaría a las cinco de la tarde. Un cuarto de hora antes, Peter, Janet y *Scamper* esperaban en el cobertizo. *Scamper* no quitaba los ojos de la caja de bombones y, de vez en cuando, soltaba un ladrido patético para dar a entender que estaba tan hambriento que no podía esperar ni un segundo más a que empezara la merienda.

De pronto, lloriqueó excitado. Había oído pisadas muy cerca.

—Ya vienen los demás —anunció Peter, satisfecho—. Me gusta la puntualidad.

¡Pam, pam! Alguien llamaba a la puerta.

—El santo y seña —gritó Peter.

Y las voces de Pamela y Bárbara contestaron a la vez:

—¡«Vacaciones»!

Peter abrió la puerta sonriendo.

—¡Bien! —dijo—. Adelante. Viene alguien más. ¡La contraseña!

—¡«Vacaciones»! —respondió la voz de Colín.

Apenas había entrado éste, se oyó otra llamada. Era Jorge.

—¡La contraseña! —exigió Peter.

—¿Es «Vacaciones», Peter?... ¿Sí? ¡Menos mal! Es magnífico que nos volvamos a reunir los Siete Secretos. ¿Estamos todos? ¡Uf, qué oscuro está hoy esto!

—Sólo falta Jack —dijo Peter—. Me parece que ya lo oigo. ¡Sí, aquí está! ¡El santo y seña, Jack!

—¡«Vacaciones»! —Fue la respuesta.

La puerta se cerró. Ya estaban los Siete. La reunión iba a empezar.

Pero entonces, para sorpresa de todos, *Scamper* se puso a ladrar. Estaba en un rincón del cobertizo y desde allí lanzaba gruñido tras gruñido. Todos lo miraron extrañados.

—¿Qué ocurre, *Scamper*? —preguntó Peter.

La única contestación fue un nuevo y más fuerte gruñido. Todos sentían una viva curiosidad.

—*Scamper* parece ladrarle a Jack —dijo Pamela—. Fijaos cómo le mira. Incluso le enseña los dientes.

—Jamás se ha puesto así con ninguno de nosotros —dijo Janet—. ¡Calla, *Scamper*! Jack, quítate la gorra. Tal vez gruña por eso *Scamper*. Te has olvidado de quitártela al entrar.

—Es que... —balbuceó Jack— siento frío en la cabeza.

De pronto, Jorge le quitó la gorra y todos se quedaron boquiabiertos. Un largo mechón de pelo se mostraba a la vista de los reunidos.

—¡Es Sussy, no Jack! ¡Es Sussy! ¿Cómo te has atrevido a venir a nuestra reunión disfrazada de Jack? —gritó Peter.

—Pues verás. Binkie y yo volvíamos de una fiesta de disfraces, y quisimos ver lo que hacíais —repuso cínicamente Sussy—. Vamos disfrazadas de «Jack y Jill». Yo soy «Jack», y Binkie, que está escondida fuera, «Jill». Jack me prestó su traje para que pudiera ir a la fiesta vestida de chico. Mi voz y la suya se parecen, y por eso me fue fácil engañarlos. ¡Ja, ja, ja! Al pasar, oí vuestro santo y seña. ¡Sois unos bobos! Y aquí me tenéis.



—*Scamper* ha sido el único que se ha dado cuenta del engaño —murmuró Jorge—. Comprendió que no era Jack el que estaba sentado entre nosotros. ¡Vete, Sussy, vete!

—Con mucho gusto —dijo Sussy, sonriendo, burlona—. Jack no tardará en llegar. Le dije que la reunión era a las cinco y media, o sea que no es culpa suya si llega tarde. ¿Qué os parece? ¿Soy lo bastante lista para formar parte de los Siete Secretos?

Esto fue demasiado para Peter, que empujó a Sussy hacia la puerta.

—¡Binkie, socorro, Binkie! —empezó la chica a vociferar. Y salió corriendo del cobertizo, perseguida por todos sus furiosos enemigos. De repente, algo frío cayó sobre los perseguidores, empapándoles la cabeza y los hombros.

—¡Oh, lo siento! Un cubo de agua formaba parte de nuestro disfraz —exclamó Sussy, muerta de risa—. ¡Buena puntería, Binkie! ¡Buenas tardes a todos! Os deseo una agradable reunión.

Y las dos muchachas echaron a correr, satisfechas de su hazaña. Derrotar a los Siete Secretos era para ellas algo maravilloso. ¡Vaya aventura que podrían contar a sus cursis amigas!

Una reunión estupenda

Los seis que quedaron en el cobertizo estaban tan malhumorados, que no decían palabra. Peter amenazó con el puño a las dos chicas que huían a todo correr.

—¡Estamos mojados como una sopa! —les gritó—. ¡Nos las pagaréis! Nuestra venganza será terrible.

Pero la única respuesta que recibieron fue el rumor de los pies que huían y un eco lejano de carcajadas. ¡Así era Sussy! ¡Pobre Jack! ¡Tener semejante hermana!

—¡Qué cara tan dura! ¡Robarle el traje a su hermano para disfrazarse! —gruñó Peter mientras se secaba la cara con un saco viejo—. ¡Lo peor ha sido el cubo de agua! Estoy calado hasta los huesos.

—Además, le dijo a Jack que la reunión era a las cinco y media —añadió furiosa Janet—. Así se comprende que no haya llegado a las cinco. Voy a ver si encuentro una toalla vieja en casa. ¡Pobre Peter! Has sido el más perjudicado por la ducha. ¡Estabas tan cerca de la puerta!

—No vayas a casa —advirtió Peter—. Mamá querría saber cómo nos hemos mojado. ¡Esa Sussy es tremenda! Le diré a Jack lo que pienso de ella. En cuanto llegue, sabrá la opinión que tengo de su hermanita.

Pero Jack no acudió a la reunión. ¡Pobre muchacho! Precisamente estaba a punto de dirigirse al cobertizo de los Siete Secretos, cuando llegaron Binkie y su hermana Sussy en sus bicicletas, muertas de risa, cargadas con el cubo y pedaleando con brío.

Cuando le explicaron su aventura, Jack se sentó en el escalón de la puerta y empezó a vociferar, indignadísimo.

—¡Es increíble, Sussy! ¡Fuiste a la reunión haciéndote pasar por mí, y, además, no me dijiste la verdad al indicarme la hora de la sesión! Ya no puedo presentarme en el cobertizo. Me disculparé por teléfono. Lo más probable es que me echen del club.

—A nosotras nos importa un pito quedar mal con tu club, pero estoy dispuesta a ayudarte, presentando por escrito toda clase de excusas. La cosa fue tan divertida, que vale la pena excusarse. No ha faltado nada. Binkie ha echado el agua con gran puntería.

—¿Es posible que nadie se diera cuenta de que tú no eras yo? —exclamó Jack con una cierta admiración.

—Sólo *Scamper* —repuso Sussy—. Gruñía como nunca. ¡Ay, Jack! Sólo de recordarlo, noto que me vuelve a dar el ataque de risa. Oye, Binkie: ¿verdad que no esperabas que el cubo pudiera dar tanto luego?

Jack volvió a sentirse desesperado. ¡Tanto esperar la reunión, y ahora...! Se dirigió al teléfono para excusar la conducta de Sussy, pero, cuando iba a descolgar, sonó el timbre del aparato. Era Janet.

—Jack, ¿eres de veras tú? ¿No es Sussy la que habla? —preguntó, inquieta, Janet—. Sólo te llamo para decirte que hemos suspendido la reunión. Todos estamos chorreando. Supongo que la fresca de Sussy te habrá contado lo ocurrido. No, no te

excuses: tú no tienes ninguna culpa. Peter quiere que sepas que la reunión se ha dejado para mañana. ¿Vendrás?

—Claro que iré —afirmó Jack, ya más tranquilo—. Precisamente en este momento iba a salir para ir a reunirme con vosotros. De modo que te agradezco el aviso... No, no temáis: Sussy no sabrá nada de la reunión de mañana. Pero oye: ¿Por que no seguís ahora?

—Estamos demasiado mojados y fastidiados —repuso Janet.



A la tarde siguiente, los Siete Secretos volvieron a reunirse, y *Scamper* no gruñó, pues sabía que Jack era Jack y no su hermana disfrazada.

Todos acogieron a Jack con algazara, pues le veían avergonzado y humillado por la conducta de su hermana.

—¡Anímate, Jack! La broma tuvo también su lado divertido —dijo Pamela.

—¿Su lado divertido? —exclamó Peter—. ¡Pues no me di cuenta! En fin, empecemos la sesión. *Scamper*, ten los oídos muy abiertos y avísanos si oyes algún ruido sospechoso.

Scamper obedeció: se acurrucó junto a la puerta con las orejas tías. Nadie podría ni siquiera toser en los alrededores sin que *Scamper* lo descubriese. El ruido más insignificante, incluso los pasos de una cucaracha por el sendero, sería registrado por sus oídos.

La reunión transcurrió con toda felicidad. La caja de bombones fue vaciada con gran entusiasmo. Su contenido era tan abundante, que salieron a media docena por cabeza, y aún hubo algunos para *Scamper*.

Éste se los comió sin dejar de vigilar la puerta, y dispuesto a impedir el paso a todo el que no fuera amigo de los Siete.

—Ahora —empezó Peter una vez terminada la merienda y la naranjada—, si queremos que nuestro club cumpla su misión, hemos de hacer algo todos juntos.

—Podríamos ayudar a alguien —propuso Pamela—. Mi madre dice que cuando no tengamos nada que hacer, podemos dedicarnos a obras benéficas. Considera que es una tontería tener un club sólo para comer y charlar.

—¡Pues pocas cosas que hemos hecho! —exclamó Janet, indignada—. Hemos ayudado al prójimo, hemos aclarado misterios... Ya sabéis que lo último que hicimos fue descubrir a un ladrón de perros: aquel que robó el perro pastor *Shadow*, a nuestro querido *Scamper* y...

—Eso lo sabemos todos —la interrumpió Pamela—. Yo no hago más que repetir lo dicho por mi madre.

—Bueno, no discutáis. Desde luego, lo mejor es tener que aclarar algún asunto —dijo Bárbara—. Ya sabéis a lo que me refiero, a algún problema que necesite solución. Recordad las muchas cosas emocionantes que nos han sucedido. Ahora, en cambio, estamos aquí sentados sin más ocupación que comer bombones. Lo mismo nos sucedió en la última reunión. Cualquiera diría que somos unos holgazanes.

Peter escuchaba en silencio. Al fin exclamó:

—Tienes razón, Bárbara: hemos de hacer algo de provecho. Nos sobran ánimos y resolución, no hay duda. Pero ¿qué podemos hacer? A ver si se os ocurre algo a alguno de vosotros.

Hubo un largo y hosco silencio.

—Nunca se me ocurre nada cuando me empeño en que se me ocurra —se lamentó Janet—. Mis mejores ideas no son las que busco, sino las que acuden por sí solas a mi pensamiento.

—¿No hay ningún misterio que podamos descifrar? —preguntó Jorge—. ¿O alguien que tenga un conflicto y a quien podamos ayudar?

Colín se echó a reír y dijo:

—Yo sólo sé de un misterio: el del robo del sillón del director de nuestro colegio, que apareció colgado en el asta de la bandera del patio el miércoles pasado. No os podéis imaginar la cara que puso cuando llegó a clase.

—Nos ocuparía demasiado tiempo y no vale la pena aclarar una cosa tan tonta —opinó Pamela—. Desde luego, no me extrañaría que esa aventura fuera obra de Sussy y de su colaboradora Binkie.

Todos se echaron a reír, incluso Jack. Siguió un corto silencio que fue interrumpido nuevamente por Colín:

—Tengo una idea. No es genial, y lo siento, pero a lo mejor sirve. Podríamos tratar de recuperar las medallas del general Branksome. Se las robaron. Supongo que lo habréis oído decir.

Todos se quedaron mirando a Colin con una mezcla de sorpresa y admiración.



—Pero ¿cómo demonios las vamos a encontrar —preguntó Jorge— si ni la misma policía sabe quién las tiene ni dónde están?

—El general vive al lado de mi casa —explicó Colín—. Como sabéis, es muy viejo, y sus medallas significaban mucho para él. Ayer le vi en el momento en que explicaba el robo a otra persona, y advertí que las lágrimas corrían por su rostro.

Hubo un silencio embarazoso. Las personas mayores casi nunca lloran, y un militar, jamás. Sin embargo, el viejo general lloraba. ¡Cuán enorme había de ser su dolor para que llegase a tal extremo!

Nadie sabía qué decir. El silencio se prolongó, interrumpido únicamente por el lloriqueo de *Scamper*, que no podía comprender la razón de aquella, actitud.

—¡Basta, *Scamper*! Estamos reflexionando sobre un problema muy importante —dijo Janet, mientras le acariciaba la sedosa cabeza—. Hablábamos de lágrimas, y esto es desconocido para los perros: los animales no saben llorar.

Scamper volvió a gemir, como para expresar que no estaba de acuerdo con lo que decía Janet. Entonces Jorge preguntó:

—¿No podría conseguir el general que el Gobierno le volviera a otorgar las condecoraciones?

—Desde luego que no —sentenció Colín—. Además, algunas de ellas las recibió de manos extranjeras. Ha sido un hombre extraordinariamente valeroso, como sin duda sabéis. Por eso ahora no puedo soportar verle derramar lágrimas. El ladrón no sólo se llevó el valor material de esas medallas, sino también todo lo que alimentaba el alma de ese pobre anciano. Y que conste que no sólo yo opino así. También mi padre, que tiene dos condecoraciones por méritos de guerra, las estima mucho. Por eso me gustaría poder devolverle las medallas al viejo general.

Pamela y las otras dos muchachas se sintieron muy conmovidas por la

proposición de Colín. Ninguna de ellas podía sufrir que el valeroso anciano llorase por las condecoraciones perdidas.

—Voto porque tratemos de encontrar las medallas —dijo Pamela—. No sé cómo lo podremos hacer, pero estoy dispuesta a intentarlo.

—Bien —dijo Peter—. Pero como creo que eso es imposible, os propongo que emprendamos otra tarea al mismo tiempo. Los Siete Secretos pueden llevar dos asuntos a la vez.

—¿Y cuál es la segunda? —preguntó Jack.

—Ponernos al acecho en el bosque de Bramley. Por él ronda una pandilla de gamberros que se dedica a destruir los nidos de los pájaros, tanto si tienen crías como si tienen huevos. Somos siete y podemos montar una buena guardia para pescarlos. *Scamper* nos ayudará.

—¡Guau! —Ladró *Scamper* con todas sus fuerzas para demostrar que estaba dispuesto a colaborar. De este modo los Siete Secretos tuvieron dos tareas a las que dedicarse: una, la de investigar en el asunto de las condecoraciones robadas; otra, la de descubrir a los destructores de nidos del bosque de Bramley.

—Es una extraña mezcla —comentó Jorge, perplejo—. No hay relación alguna entre las dos misiones, ¿verdad?

—Así parece —repuso Janet—. Pero la vida está llena de sorpresas. Sí, Jorge; llena de sorpresas.

Colín aporta su grano de arena

No hubo tiempo para hacer más planes, pues a través del jardín, procedente de la casa, llegó el sonido de una campana.

—Nuestra madre nos llama —dijo Peter mirando el reloj—. Hemos de irnos, Janet. No sabía que fuese tan tarde. Esto es lo malo de nuestras reuniones. Se nos pasa el tiempo volando, sin que nos demos cuenta.

—¡Espera un momento, Peter! —exclamó Jorge—. Antes de marcharte has de decirnos lo que tenemos de hacer. ¿Debemos ir a ver al general? Podría ir a visitarle uno de nosotros para enterarse bien del asunto de las condecoraciones, de cuándo y cómo fueron robadas. Tenemos que estar bien informados.

—Es verdad, es verdad —concedió Peter—. Yo creo que podríamos designar a Colín para esta misión. Es vecino del general y lo conoce. ¿Qué dices a esto, Colín?

—Que también yo creo que soy el más indicado —dijo Colín. Y añadió con cierto temor—: Pero no sé si le molestarán mis preguntas. Me creará un entrometido.

—¿Por qué? Él te conoce —intervino Pamela—. Tú eres muy simpático cuando quieres. Le parecerá natural que sientas lo que le ha sucedido. No le gustará que gente extraña meta las narices en el robo de sus medallas, pero nunca le molestará que tú te intereses por el asunto.

—Y en cuanto a la otra cuestión que hemos de solucionar —dijo Peter—, lo mejor será que vayamos de dos en dos a pasear por el bosque, para ver si sorprendemos a algún malvado destruyendo nidos. Creo que debemos llevar nuestras insignias. Así podremos decir que seguimos consignas de nuestro club al proteger a los pájaros.

—Y si nos encontramos con algún sospechoso, ¿qué hacemos? —preguntó Bárbara un poco asustada.

—Podéis pedirle el nombre y la dirección —repuso Peter—. Aunque lo más probable es que no os los quieran dar. Asustaremos a los gamberros, y entonces sabrán que se les vigila. Al fin y al cabo los periódicos han hablado mucho del asunto como sabéis, y se ha invitado a todos los ciudadanos de buena voluntad, y especialmente a los niños, a colaborar en la protección de los pájaros.

—Iremos en grupos de dos o tres —dijo Jack—. Así nos sentiremos más valientes.

—De acuerdo —asintió Peter—. Hay que planearlo todo cuidadosamente. Formad los grupos como os parezca y haced lo que podáis. Debéis traer vuestro parte al club dentro de cuatro días a lo sumo. Y si creéis necesario que nos reunamos antes, dejad una nota en el cobertizo, pues o Janet o yo vendremos a echar un vistazo todos los días.

—Entendido —dijo Jack—. Bueno, Peter, os debéis ir ya si no queréis que os riñan. Suena de nuevo la campana.

Todos se despidieron en seguida. Peter y Janet salieron del cobertizo y, con

Scamper pisándoles los talones, echaron a correr hacia la casa.

—Si os descuidáis no llegáis a tiempo —les dijo la cocinera con la campana en la mano—. Ya he servido la cena, pero habéis tenido la suerte de que vuestro padre esté todavía lavándose las manos. Corred a vuestros asientos; de lo contrario, habrá regañina.

Los demás miembros del club se fueron a sus respectivas casas.

Colín iba pensativo. En su cabeza rondaba la idea de lo difícil que era entrevistarse con el general. ¿Y si su anciano vecino lo considerase como un entrometido y un impertinente? A lo mejor, lo echaba de su casa como había echado en cierta ocasión a un vendedor inoportuno. Además, podía quejarse a los padres de Colín.

«Pero ¿qué importa? —se dijo el muchacho—. Los Siete Secretos me han confiado esta misión y he de cumplirla. Al fin y al cabo, mía ha sido la idea. Pero confieso que no sé por dónde empezar».

Antes de dormirse, Colín estuvo dándole vueltas en su imaginación al asunto. Al fin decidió hablar con el general cuando éste estuviera dando su acostumbrado paseo matinal por el jardín.

«Tiraré la pelota por encima de la tapia; luego me asomaré, le pediré perdón y le rogaré que me deje entrar a buscarla. Tal vez entonces pueda hablar con él y hacerle algunas preguntas».

A la mañana siguiente. Colín cogió su pelota y se sentó cerca de la ventana, en espera del momento en que el general apareciera en su jardín. Y al fin apareció.

Colín corrió escaleras abajo, atravesó la cocina, salió al jardín y tiró la pelota por encima del muro, escogiendo un lugar en que había muchos arbustos y estaba lejos de donde en aquel momento se hallaba el viejo general. Luego se asomó por la tapia y saludó cortésmente al anciano:

—Buenos días, señor.

—¡Hola, Colín, buenos días! —contestó el general levantando la cabeza—. ¿Cómo es que no has ido hoy al colegio?

—Ya han empezado las vacaciones... Le voy a pedir un favor, general. Me parece que mi pelota ha caído en su jardín. ¿Me permite pasar a buscarla? Le aseguro que no pisaré ninguna planta.



—Claro que sí, hijo —contestó el general Branksome apoyándose en su bastón—. No tengo ningún inconveniente en dejar entrar en mi jardín a un niño tan bien educado como tú. Ven y busca cuanto quieras. Además, te invito a un refresco de limón.

Colín aceptó encantado. Esto facilitaría su propósito de trabar conversación con el general. Saltó por la tapia ágilmente, encontró la pelota y se unió al general, que ya iba camino de la casa. El viejo llamó con voz recia a su sirvienta.

—¡Ema! ¡Ema! Tengo visita. Trae dos limonadas y bizcochos. ¡Pronto, Ema!

Ema apareció en seguida y sonrió a Colín, el cual se encontró sentado junto a su anciano vecino en una salita cuyas paredes estaban cubiertas de retratos del general y de sus camaradas, y de impresionantes cuadros que representaban antiguas batallas. Pero había un espacio vacío en el centro de una de las paredes, sobre la chimenea. Colín sabía por qué existía ese hueco. Allí había tenido el general expuestas sus queridas medallas y condecoraciones, pendientes de cintas de colores sobre un fondo de terciopelo.

El general vio que Colin miraba aquel trozo de pared y lanzó un profundo suspiro. Luego, para desahogarse, dijo a Colin con voz opaca:

—Supongo que estarás enterado de que me han robado mis queridas condecoraciones. Me desespera la idea de que estén en manos de un cobarde ladrón. Estas medallas, muchacho, fueron ganadas con actos de valor, heridas y sufrimientos. Eran mi única prueba de que en otros tiempos fui un buen soldado. Ahora ya soy anciano y nadie piensa en mí. Sin embargo, todo el que veía mis condecoraciones, cambiaba de actitud y me miraba de un modo diferente. Entonces ya no veían en mí a un pobre viejo lleno de achaques, sino al hombre que en su juventud expuso su vida

por la patria. Desde que han desaparecido mis medallas me siento tan apenado que me parece estar en el fin de mi vida. Estoy seguro de que si las volviera a tener, me sentiría de nuevo más joven.

Y ante el estupor y la pena de Colín, se echó a llorar. Colín se arrepintió de haber tirado la pelota por encima del muro. No tenía ningún derecho a avivar el dolor del anciano recordándole la desaparición de sus medallas.

—Señor, encontraré y le devolveré las condecoraciones —se oyó decir Colín a sí mismo, mientras se acercaba cariñosamente al anciano—. Las encontraré, se lo aseguro. No se aflija, señor. Le repito que las volverá a tener. Puede creerme. Descubriré al ladrón.

El general se asombró tanto como el propio Colín de sus palabras. Le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Te creo, muchacho: las encontrarás. Eres como a mí me gusta que sean los chicos. Llegará un día en que tú también ganarás medallas. Aquí está Ema. ¿Qué quieres? ¿Por qué nos interrumpes? ¿No ves que tengo visitas?

—Sí, señor. Y también veo que se ha vuelto a excitar hablando de las condecoraciones —gruñó Ema, mientras le daba unos golpecitos en la espalda—. Ahora deje que el chico se vaya a su casa, y duerma usted un poco. Ha pasado la noche en vela y le vendrá bien un sueñecito antes de la comida.



Colin se despidió inmediatamente, cruzó la puerta de la habitación y se encontró en la cocina. Allí esperó el regreso de Ema, la cual le dijo:

—No debiste mencionar las medallas. Piensa en ellas noche y día.

—¿Aún no sabe la policía quién las robó? —preguntó Colin.

—No. Todo lo que sabemos es que alguien entró en la casa por la noche y se llevó el cuadro de las condecoraciones sin dejar huellas dactilares. Pero sabemos que el ladrón, o tal vez la ladrona, ha de tener la mano muy pequeña, porque hubo de introducirla por este pequeño agujero que hizo en el cristal de la ventana para poder abrirla. No creo que tu mano pase por este hueco.

—Lo probaré —dijo Colín.

Y en seguida advirtió que no podría introducir la mano sin cortarse. Entonces dijo, extrañado:

—¡Qué raro! Sólo la mano de una niña puede pasar por este boquete. Pero es increíble que una niña se dedique a robar condecoraciones militares.

—Es un misterio —comentó Ema—. Mi pobre señor ha perdido la cabeza con este robo. Ha ofrecido una gran recompensa a quien las encuentre: nada menos que cincuenta libras. Es posible que alguien dé con el escondrijo del ladrón y se gane las cincuenta libras recobrando las condecoraciones del señor.

—¡Cincuenta libras! —exclamó Colín—. ¡Dios mío, cuánto dinero! Ojalá encontrase las medallas; pero por nada del mundo aceptaría ese dinero del viejo general.

—Eres un buen muchacho —dijo Ema, sorprendida y enternecida—. Ven, echa una mirada a nuestra despensa y dime si hay algo que te apetezca. He hecho unos merengues que están riquísimos.

—¡No, no! ¡Muchas gracias! —Rechazó Colín. Pero la bondadosa cocinera le obligó a coger dos grandes merengues, que en verdad estaban estupendos.

«Algo es algo —se dijo Colín—. Aunque no es una verdadera pista para aclarar el misterio, me permite llevar alguna información al club. La persona que forzó la ventana ha de tener las manos muy pequeñas. No deja de ser un indicio».

Colín estaba seguro de que los sospechosos que encontraran tendrían unas imponentes manazas. Siempre ocurre así a los que tratan de desentrañar un misterio.

Colín se puso colorado sólo al recordar la firmeza con que había prometido al general encontrar sus medallas. Ignoraba lo que le había impulsado a hacer tal promesa. Debía de estar trastornado en aquel momento. No le cabía duda de que los Siete Secretos no aprobarían su conducta, y tendrían toda la razón.

«¿Qué hora será? —pensó, consultando su reloj—. Aún es temprano. Podré ir al bosque de Bramley para reunirme con los que estén allí. Ojalá los encuentre. He de explicarles mi visita al general. ¡No tengo más remedio que recuperar las medallas; las he de encontrar sea como sea!».

Corrió a su casa y entró en la cocina. Su madre estaba muy ocupada.

—Mamá, ¿puedo prepararme yo mismo algunos bocadillos? He de ir al bosque Bramley para reunirme con Jack y los demás.

—Sí —aceptó la madre—. Aquí hay unas rebanadas de pan que han sobrado del desayuno. Úntalas con mantequilla y pasta de anchoas. También tienes tomates, magdalenas y bizcochos.

—¡Gracias, mamá! ¡Eres un ángel! —exclamó Colín.

En unos minutos llenó su bolsa de plástico y se puso en camino.

El problema sería encontrar a sus compañeros.

En guerra con los destructores de nidos

Mientras Colín hablaba con el viejo general, otros tres miembros de los Siete Secretos iban camino del bosque de Bramley. Eran Jack, Bárbara y Jorge. Habían decidido almorzar allí y, al mismo tiempo, vigilar a los ladrones de crías y huevos de pájaro.

—Cumpliremos con nuestro deber y a la vez nos divertiremos —dijo Jack.

—Yo preferiría no encontrarme con ningún buscador de nidos —dijo Bárbara—. Me dará vergüenza enfrentarme con él para echarle en cara su mala acción.

—No te preocupes; de eso nos encargamos nosotros —dijo Jorge—. Tú no tienes más que aprobar todo lo que nosotros digamos. ¿Oís? Es el canto del cuclillo.

—Debemos perseguirle y echarle del bosque —dijo Bárbara.

—¿Por qué? —preguntó Jack, asombrado.

—¿No sabes que el cuclillo es un sinvergüenza que se introduce en los nidos ajenos, tira los huevos que encuentra, y luego llega tranquilamente su hembra y pone los huevos en el nido usurpado para que sus dueños legítimos los incuben y alimenten las crías cuando nazcan? Los propietarios del nido no saben que los huevos son de la desvergonzada pareja.

—Pues no sabía nada de esos enredos —confesó Jack—. ¿Cómo demonio se le habrá ocurrido al cuclillo una idea tan luminosa para vivir a costa de los demás?

—¡Cu, cu! —Se oía a lo lejos—. ¡Cu, cu!

—Por mí, puedes jugar al escondite —gritó Jack, indignado—. Pero te aseguro que si encuentro tus huevos en el nido de otro pájaro, los haré sémola.

—¡Cu, cu! —volvió a cantar el pájaro como si le tomase el pelo a Jack—. ¡Cu, cu! ¡Cu, cu!



Era como si en el bosque no hubiera más animal que el cuclillo. Bárbara respiró. La mañana era demasiado hermosa para estropearla con una discusión contra los

destructores de nidos de pájaros. Avanzaron entre los árboles, y Bárbara se entretuvo en coger prímulas para hacer un gran ramo.

—Bueno —comentó Bárbara—, la verdad es que, aunque no hagamos nada de verdadera importancia para los Siete Secretos, este paseo matinal resulta sumamente agradable. ¿No os parece que podemos sentarnos a comer manzanas? Me gustaría escuchar tranquilamente los cantos de los pájaros.

Cuando los tres se sentaron en el césped lleno de florecillas, oyeron voces no muy lejanas, y pronto divisaron a tres chicos que tenían aproximadamente la misma edad. Jack y sus dos compañeros vieron que uno de los chicos se detenía de pronto y señalaba la copa de un árbol.

—¡Maldita sea su estampa! Seguramente ha descubierto un nido —exclamó Jorge.

Efectivamente, el chico empezó a trepar por el tronco y pronto gritó a sus compañeros:

—Es un nido de mirlos y hay cuatro magníficos huevos. ¿Los cojo todos?

—Coge tres, uno para cada uno —contestó otro de los chicos.

—Ahora es el momento de intervenir —afirmó Jack, levantándose—. Seguidme.

Todos se dirigieron al árbol. Jack habló amablemente, pero también con energía:

—Supongo que sabréis que hay órdenes severas contra los destructores de nidos. Con motivo de la llegada de la primavera, se ha pedido al público que los respete. Se destruyeron tantos nidos el año pasado, que los pájaros huyen en masa de estos contornos. Y...

—¿Oís eso? —dijo uno de los gamberros, soltando una carcajada—. Eres un predicador, ¿verdad? ¡Dale un huevo de mirlo, Larry!

El que estaba en la copa del árbol dejó caer uno de los huevos sobre la cabeza de Jack. La cáscara se rompió y el contenido se desparramó por la cara del defensor de los pájaros.

—¡Me las pagarás, bandido, me las pagarás! —gritó Jack, furioso, mientras se limpiaba el cuello impregnado del líquido pegajoso y amarillento, y a la vez que asía por un pie al chiquillo que se había burlado de él y empezaba a trepar por el tronco del árbol.

Pero la cosa le salió mal. El gamberro saltó sobre Jack y los dos rodaron por el suelo, desapareciendo en un espeso matorral. En esto salió del árbol otro pájaro asustado.

—¡Aquí debe de haber otro nido! —dijo el de arriba—. ¡Voy a verlo!

Bárbara se estremeció. No podía consentir que destruyesen un segundo nido. Gritó con voz temblorosa:

—¡Pertenece a un club que ha acordado evitar estas atrocidades! ¡Mirad nuestra insignia! ¡Marchaos de aquí en seguida!

El que andaba por las ramas del árbol y el que aún no había intervenido, miraron a Bárbara con un gesto de sorpresa. Luego se echaron a reír.

—¡Miradla! ¡Ved esa ridícula insignia! Lleva una ce y dos eses. Supongo que querrán decir: Club de los sabuesos sosos, pues eso es lo que son: unos sosainas que se creen sabuesos. Dame la insignia. La pondré en un nido y veremos lo que sale de ella después de la incubación.

Trató de quitarle la insignia; pero Jack logró desprenderse de su adversario y se interpuso. El gamberro dio un salto y nuevamente rodó por el suelo con Jack.



Bárbara lanzó un grito. El que estaba en la copa del árbol se dejó caer sobre el pobre Jorge, y también rodaron los dos por el suelo.

—¡Corre, Bárbara, corre! ¡Huye de aquí! —gritó Jack, seguro de que los gamberros atacarían después a la chica.

Bárbara corrió asustada, pidiendo socorro, y respiró al ver a un hombre que leía tranquilamente echado al pie de un árbol. Al ver a la niña corriendo de aquel modo y con aquella cara, se levantó en el acto.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó amablemente.

Bárbara se detuvo.

—¡Oh, por favor! ¿Quiere venir a ayudarnos? Tratamos de evitar que unos chicos destruyeran unos nidos, y se han arrojado sobre mis dos compañeros.

—Comprendido. Vamos —dijo el desconocido, echando a correr hacia el lugar de la riña.

Jack y Jorge lanzaron un suspiro de alivio al ver llegar a una persona mayor.

El hombre gritó a los dos gamberros que braceaban como dos fieras sobre Jack y Jorge:

—Soltadles. ¿Sabéis que está prohibido destruir nidos en este bosque? Voy a apuntar vuestros nombres. ¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

Cogió a uno de ellos; el que estaba encima de Jack, lo levantó y lo sacudió.

Pero los tres gamberros, presas de pánico, consiguieron huir.

—Gracias, señor —dijo Jack—, muchas gracias. Sólo deseábamos impedir que esos brutos destruyesen nidos.

—¿Perteneceís a algún club de amigos de la Naturaleza? —preguntó el desconocido al ver las insignias que llevaban los tres.

—No es eso exactamente —contestó Jorge—. Somos amigos de la Naturaleza, pero nuestras insignias son del Club de los Siete Secretos, al que pertenecemos. Una de las cosas que hemos acordado es impedir la destrucción de nidos.

—Es una noble tarea. Yo soy como vosotros. Me gustan los pájaros y sus nidos. Hay muchos en este bosque. He contado más de cuarenta.

—Pero usted no quita los huevos, ¿verdad? —preguntó Bárbara.

—¡Claro que no! Estoy escribiendo un libro en el que hablo de los nidos que he examinado durante los años últimos.

—¿Quiere usted almorzar con nosotros? —preguntó Jack, que consideraba interesante la compañía de aquel hombre—. Hemos traído comida abundante.

—Sois muy amables —y, sacando un paquete de su bolsillo, añadió—: yo también me he traído unos bocadillos. Nos lo repartiremos todo. Sentémonos aquí. Es un bello lugar. Os agradeceré que me contéis algo de vuestro club.

Todos se sentaron en el blando césped y deshicieron los paquetes. Era todavía demasiado temprano, pero todos se sentaron y empezaron a comer con apetito.

—Está todo estupendo —alabó Bárbara, y sus amigos asintieron, sin dejar de saborear sus bocadillos de jamón ni de beber limonada.

—Fue una suerte que estuviera usted tan cerca —dijo Jorge al hombre que había acudido en ayuda de ellos—. De lo contrario, aquellos tres nos hubieran quitado las insignias. Ha dicho usted que quería saber algo de nuestro club. Bien, le explicaré algunas cosas.

Y Jorge empezó a hablarle de los Siete Secretos.

¡Qué orgullosos se sentían al ver la atención con que les escuchaba el desconocido!

El extraño y sorprendente Tom Smith

—Todo eso me parece muy bien. Os aseguro que me gusta vuestro club. Y también vuestras insignias. ¿Os las habéis hecho vosotros mismos?

—Son obra de las chicas del club —repuso Jorge—. Nos reunimos en un cobertizo en cuya puerta están las iniciales C.S.S., y nos divertimos mucho.

—Pero no sólo nos divertimos —advirtió Bárbara—. También hacemos buenas obras. Incluso aclaramos misterios.

—¡Válgame Dios! Y ¿qué misterio tenéis ahora entre manos, si se puede saber?... Pero ¡qué distraído soy! Todavía no os he dicho cómo me llamo. Mi nombre es Smith, Tom Smith, pero podéis llamarme simplemente Tom.

—Bien; le llamaremos Tom, si usted lo desea —dijo Jack.

—Eso es —aprobó Tom Smith—. Y ahora sigamos. Me habéis dicho que, además de salvar nidos, el Club de los Siete Secretos se ocupa en otras cosas. Pero no me habéis dicho si ahora tratáis de aclarar algún gran misterio.

—Verá usted. Uno de nuestros miembros, llamado Colín, está investigando sobre un robo —se pavoneó Jack—. Le encargamos a él esta misión porque es vecino de la víctima del robo.

—¡Qué interesante! —exclamó Tom, mordisqueando unas pasas—. ¿Quién es la víctima del robo? ¿Sabe lo que estáis haciendo por él?

—En este momento quizá lo sepa ya —repuso Jack—. Colin tenía que hacer su investigación mientras nosotros nos dedicábamos a la protección de los nidos. ¿Ha oído usted hablar del general Branksome y de sus famosas medallas?

Tom Smith los miró, asombrado.

—¿Te refieres a ese anciano al que robaron sus condecoraciones? ¿Será posible que estéis intentando recuperar esa medallas?

—Por ahora es sólo Colin el encargado de eso, pero tan pronto como encuentre una pista, intervendremos todos.

—Sois admirables —dijo Tom Smith—. ¿De veras os creéis capaces de encontrar esas medallas?

—¡Oh, sí! Estoy seguro de que, de un modo o de otro, daremos con el escondrijo —afirmó Jorge con arrogancia—. Por cierto, sabemos que el general ha ofrecido una recompensa de cincuenta libras. Nos lo ha dicho el cartero esta mañana cuando veníamos al bosque.

—¡Recórcholis! —exclamó Tom, levantándose—, ¿qué vais a hacer con tanto dinero si encontráis las condecoraciones?

—Devolvérselo al general —repuso Bárbara en el acto—. No es un hombre rico, y el pobre está deshecho desde que le quitaron las medallas.

En este momento oyeron unos gritos lejanos:

—¡Jack! ¡Jorge! ¡¡Uuuuu!!

—Parece la voz de Colín —indicó Jorge—. Seguro que ha visto ya al general y

viene a darnos noticias. Lástima que nos quede tan poca comida. ¡Colín! ¡Uuuu! ¡Estamos aquí!

Medio minuto después aparecía Colin blandiendo su macuto. En su cara coloradota había una expresión de alegría. ¡Había encontrado a sus amigos! Le sorprendió ver a un extraño ante ellos.



—¡Hola! —dijo, dirigiéndose a todos—. Ya veo que estáis terminando de almorzar. Yo me he traído algo de comer, pero me he olvidado de la bebida.

—No te preocupes; tenemos mucha limonada —dijo Jorge, entregándole una botella—. ¡Qué alegría hemos tenido al verte, Colín! ¿Cumpliste el encargo que te dimos?

—¡Sí! —repuso Colin. Pero, en vez de explicar lo ocurrido, dirigió una mirada a Tom Smith y preguntó a Jorge—: ¿Quién es este señor?

—Tom Smith —respondió Jorge a modo de presentación—. Vino en nuestra ayuda cuando unos gamberros destructores de nidos nos apaleaban, y le invitamos a merendar con nosotros. Bueno; ahora cuenta tú. ¿Has visto al general?

Colín dudó de nuevo ante la presencia de Smith.

—Habla sin temor —le tranquilizó Jorge—. Acabamos de contarle todo lo que hacen los Siete Secretos y está enterado de nuestro deseo de ayudar al general.

Colín abrió su macuto, sacó un panecillo y un tomate y empezó a comer mientras decía:

—Pues sí, he hablado con el general Bramksome. Ha sido una entrevista desagradable. Estaba tan triste, tan desesperado, que pasé un mal rato. Y, además, dije una tontería, me ofusqué y metí la pata.

—¿Qué dijiste? —preguntó Jack, curioso.

—Pues veréis: me daba tanta lástima que, sin darme cuenta de lo que decía, le he prometido encontrar las medallas y devolvérselas. O sea, que he dado mi palabra sin saber si podré cumplirla.

—¡Qué loco! —exclamó Bárbara, indignada—. ¡Hacer una promesa que seguramente no podrás cumplir! Menos mal que el general no la habrá tomado en serio.

—Pues te equivocas, y eso es lo malo. ¡Lo ha tomado muy en serio! —afirmó Colín—. Me dio la mano y me la apretó con fuerza mientras exclamaba: «¡Te creo, muchacho!». Sólo de pensarlo se me quita el apetito.

—Eso no tiene importancia —dijo Jack—. Continúa.

—Las condecoraciones estaban en un estuche alargado de este tamaño —siguió diciendo Colín mientras indicaba con sus manos las dimensiones de la caja—. Lo sé porque he visto el hueco que ha quedado en la pared. La única pista que hay del ladrón es la de que debe de tener las manos muy pequeñas, puesto que tuvo que abrir la ventana desde fuera, y el boquete que hay en los cristales es muy reducido.

—¿Ésa es la única pista? —preguntó Tom Smith, visiblemente interesado.

—Por ahora la única —repuso Colín, mientras se decidía a reanudar su almuerzo y se llevaba el tomate a la boca—. ¡Oh! Jamás he sentido tanta pena como cuando el viejo general me hablaba, sollozando, del cariño que tenía a sus viejas medallas. Ha ofrecido cincuenta libras a quien las encuentre, como debéis de saber, y eso que el pobre no anda sobrado de dinero. Esto os dará una idea de lo que esas condecoraciones significan para él.

—Daría cualquier cosa por saber dónde están esas medallas —dijo Bárbara, compadecida—. ¿Dónde las habrán escondido? ¿Quién las habrá robado? ¡Ojalá las encontremos!

—¡Las encontraréis! —exclamó de pronto Tom Smith—. Me parece que tengo una pista. No estoy seguro, pero creo que la tengo.

Los cuatro niños se quedaron mirándole boquiabiertos. Colín fue el primero en salir de su asombro. Preguntó esperanzado:

—¡Por favor, diga lo que sepa! Y aún será mejor que lo diga a la policía. Eso es muy importante.

—No os hagáis demasiadas ilusiones. Tal vez la que sé no sirva para nada —dijo Tom Smith, rascándose la nuca—. A lo mejor es una tontería. Pero en fin, os lo contaré todo.

—Empiece, por favor —rogó Colin, excitado.

—Pues bien, como ya he dicho a tus amigos, me encantan los pájaros y voy a escribir un libro sobre ellos. Una de mis aves favoritas es el búho. En este bosque hay muchos búhos que anidan en los árboles viejos. La otra noche estuve escuchando el ulular de estos animalitos. Me tendí al pie de un árbol y me quedé mirando las estrellas a través de las ramas. De pronto...

—De pronto, ¿qué? —preguntó, impaciente, Colín—. ¡Sin rodeos, por favor!

—De pronto, vi que un hombre pasaba cerca de mí y se dirigía a un árbol que no estaba lejos. Llevaba un paquete. No me vio ni se dio cuenta de que yo le observaba. Al fin, pude ver lo que llevaba a la luz de su linterna.

—¿Qué era? —preguntó Jorge, nervioso y conteniendo la respiración.

—Una caja larga y estrecha. Parecía un estuche de cuero. Lo vi a la luz de su linterna, y también vi que la introducía en un hueco del tronco del árbol al que se

acercó. Este boquete parecía ser el nido de un pájaro carpintero. Después se marchó.

—Y ¿qué hizo usted? ¿No lo llamó? ¿Cómo era ese hombre? ¿Lo vio usted bien? ¿Miró usted en el tronco? —preguntó Colín ávidamente.

—¿Sería la caja de las medallas? —añadió Bárbara.

—No lo sé. Era una caja de cuero del tamaño de un maletín —repuso Tom.

—Pero ¿usted se acercó al árbol cuando se marchó el individuo? —indagó Jorge—. Si fue, algo encontraría allí.

—Me acerqué al árbol, efectivamente, y vi el agujero. Pero mi mano no pasaba por la boca del orificio. Así que no he podido averiguar lo que hay en él. Pueden ser las condecoraciones desaparecidas, u otra cosa igualmente robada.

—¡Si fueran las medallas las podríamos sacar y devolverlas en seguida al general! —exclamó Colín, entusiasmado—. Díganos qué árbol es. Bárbara tiene las manos pequeñas y podrá sacar lo que haya en el escondrijo. Sabemos que el ladrón tiene las manos pequeñas, y el muy bribón esconde las cosas en sitios donde no caben las manos de tamaño normal.

—¿De modo que queréis que os diga dónde está el escondrijo? —preguntó Tom Smith con una sonrisita sarcástica—. Antes hay que aclarar de quién será la recompensa.

—¿Las cincuenta libras? ¡No pretenderá usted cobrarlas! —exclamó Bárbara, indignada.

—Podemos repartírnoslas —propuso Tom—. Cuarenta libras para mí y diez para vosotros. Decididlo pronto. El ladrón puede volver en cualquier momento y llevarse las medallas. Luego las venderá y el comprador las fundirá. Entonces habrán desaparecido para siempre.

—¡Haga el favor de decirnos en qué árbol están las medallas! —gritó Colín—. ¿Qué árbol es?

—No está lejos de aquí —repuso Smith en un tonillo de burla—. Pero no os diré nada más hasta que nos pongamos de acuerdo sobre el reparto de la recompensa.

—¡De eso ni hablar! —exclamó Colín, que parecía otro con su energía de jefe—. ¡Ni hablar! Seguramente es usted cómplice del ladrón que esconde en los huecos de los árboles lo que roba. Un ladrón de mano pequeña. No haremos ningún pacto con usted. No queremos ninguna recompensa y le aseguro que recuperaremos las medallas. Usted no puede sacarlas de donde están porque tiene las manos demasiado grandes. Puede que sea éste el motivo de que el ladrón esconda el producto de sus robos en boquetes estrechos. Así usted no puede apropiarse de lo que él roba.

—¡Te pesará haber hablado así, mocososo! —gritó Tom Smith, levantándose rápidamente mientras fijaba en Colin una mirada furiosa—. ¡Vas a ver quién manda aquí! ¡Ahora sabrás lo que es bueno!

Y cogiendo a Colin por el pescuezo, lo zarandeó brutalmente. Por fortuna, el muchacho logró escabullirse y echó a correr mientras gritaba:

—¡Corred cuanto podáis! ¡Es un canalla!



Un plan emocionante

Bárbara estaba muerta de miedo; no así los tres chicos, que sentían más indignación que temor. Todos corrían entre los árboles. No se detuvieron hasta que estuvieron fuera del bosque. Entonces se echaron en la hierba que bordeaba el camino y respiraron.

—¿No vendrá siguiéndonos ese hombre? —Preguntó Bárbara, jadeante.

—No hay cuidado —aseguró Jack entre resoplidos—. ¿Quién iba a suponer que ese hombre de cara bondadosa fuese un canalla?

—¿Tú crees que es verdad que sabe dónde están las medallas? —preguntó Jorge.

—Sí, estoy seguro —repuso Jack—. Y también creo que no puede apoderarse de ellas por ser demasiado estrecha la abertura del escondrijo y demasiado grandes sus manos.

—Estoy seguro —dijo Colín— de que el ladrón está confabulado con ese Tom Smith o como se llame. Debe de ser él quien planea los golpes y el que vigila. El otro debe de tener las manos pequeñas, por lo que puede hacer los robos y esconder el botín. El ladrón ha demostrado ser un hombre listo al buscar un escondite que Tom Smith no pueda registrar. Sin duda no se fía de él.

—Bueno, ¿ahora qué hacemos? —preguntó Bárbara—. Aún me dura el miedo. Quiero volver a casa.

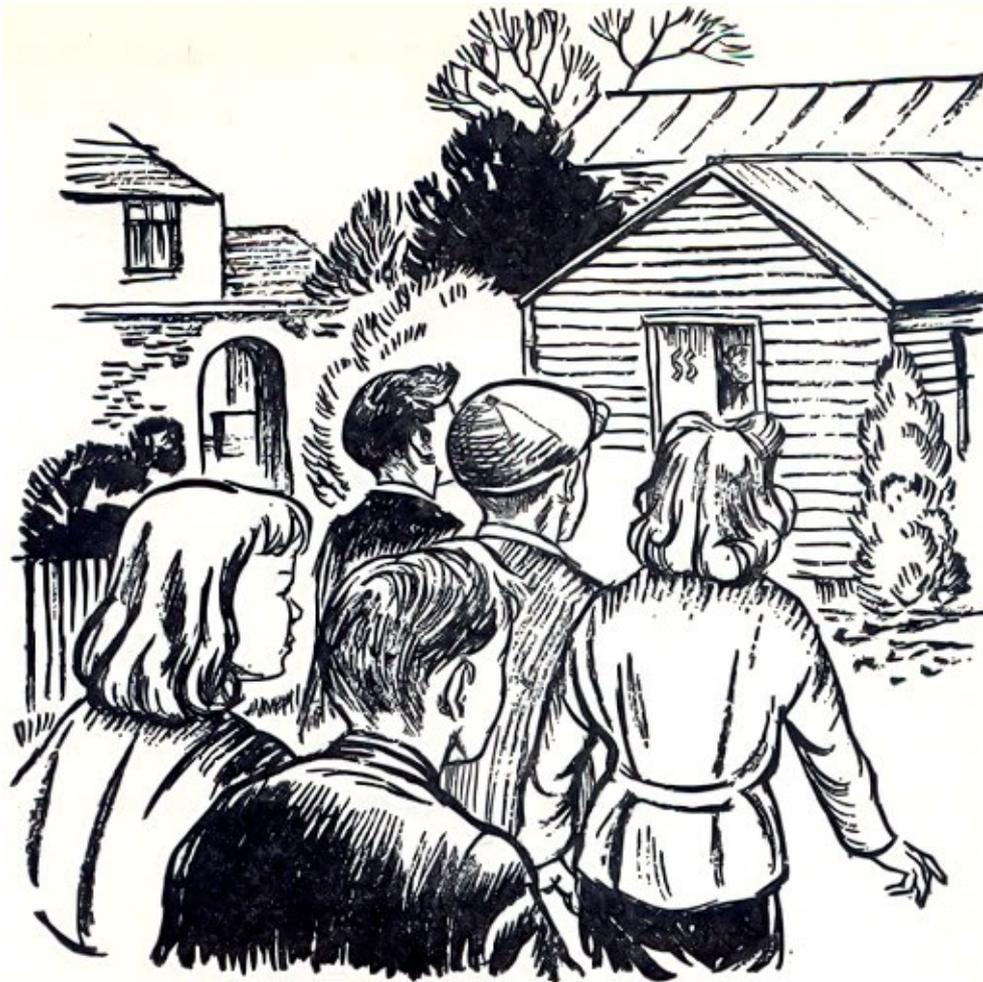
—Ahora es necesario y urgente convocar una reunión —dijo Colín—. Todos deben saber lo ocurrido, y entre todos decidir lo que más convenga. Vamos a ver a Peter. En marcha.

Se encaminaron a casa de Peter. Entraron en el jardín y se dirigieron a toda prisa al cobertizo donde celebraban las reuniones. Tuvieron la suerte de encontrar en él a Janet, que estaba haciendo una buena limpieza.

—¡Janet: traemos noticias, grandes noticias! —exclamó Colin—. Hemos de celebrar una reunión en seguida. ¿Dónde está Peter?

—¡Qué mala pata! —repuso Janet—. No volverá hasta la tarde. Se ha ido con mi padre de compras. Ya que es tan importante, se lo diré en cuanto llegue, y él os telefoneará.

—No; estaremos esperándole aquí esta tarde —dijo Colín—. Así ahorraremos tiempo. Oye, Janet, nos han dicho dónde están escondidas las medallas del general.



Janet abrió los ojos de tal modo, que parecía que iban a saltarle de la cara.

—¿Dónde están? —preguntó, tartamudeando de emoción.

En este momento apareció la madre de Peter y se dejó de hablar de las medallas. Para disimular, se despidieron con las palabras de costumbre:

—Hasta la vista.

—Recuerdos a Peter.

Y diciendo adiós con la mano, corrieron hacia la verja.

—Creo que a eso de las tres, Peter habrá regresado —opinó Colín—. Esta reunión tendrá gran importancia. Hasta luego a todos. Confío en que seremos puntuales. ¡Demonios! Estoy cansadísimo. ¡Ha sido una mañana tan movida...!

—Avisaré a Pamela al pasar por delante de su casa —anunció Bárbara—. ¡Cómo se pondrá cuando sepa que vamos a celebrar una reunión tan importante!

Como Peter no telefoneó, todos dedujeron que les esperaba, y, a las tres en punto, se presentaron en el cobertizo. *Scamper* les dio la bienvenida, saltando alegremente en torno de ellos. ¡Le gustaban tanto las reuniones de los Siete!

—¡Hola! —saludó Peter a los miembros del club—. Estoy deseando oíros. Sé que traéis noticias muy importantes.

—Sí —admitió Colín—, importantísimas... ¡Caramba! He olvidado ponerme la insignia.

—Tratándose de una reunión tan extraordinaria —concedió Peter—, podemos

pasar por alto esa formalidad.

Afortunadamente, todos recordaron la contraseña. De modo que no hubo dificultades. Acto seguido, todos entraron en el cobertizo y se sentaron solemnemente en los cajones. Peter dijo a Jorge:

—Vamos a ver. ¿Qué os ha sucedido a ti, a Bárbara, a Jack y también a Colin, esta mañana? —preguntó—. Parecéis todos entusiasmados. ¿Es verdad que sabéis dónde están las medallas? Eso me ha dicho Janet.

—Sí, lo sabemos... Es decir, a menos que nos haya engañado un sujeto que hemos conocido en el bosque. Pero estoy convencido de que no mintió. Nos dijo que sabe quién es el hombre de manos pequeñas que robó las condecoraciones, pues vio que un individuo introducía en el tronco de un árbol, por una estrecha rendija, un estuche de cuero. La abertura es tan estrecha, que no caben por ella las manazas del hombre que nos ha contado esto. También nos ha dicho que el alargado boquete debe de ser un nido de pájaro carpintero.

—En ese caso, únicamente personas de manos muy pequeñas pueden sacar el estuche —comentó Peter—. Bien; vuestra información es de gran valor. ¿Os ha dicho ese hombre cuál es el árbol?

—No, y esto es lo malo. Se ha negado rotundamente —repuso Colín—. Lo único que nos ha dicho y que puede servirnos de pista es que el árbol está cerca del sitio donde hemos almorzado.

—Pero como allí hay docenas de árboles, de poco nos servirá ese detalle —dijo Bárbara—. Lo único que sabemos con certeza es que en ese lugar hay un tronco con una estrecha grieta de pájaros carpinteros utilizada para anidar, y que en ese sitio hay una caja de medallas introducida por un ladrón que tiene las manos pequeñas. La abertura está al alcance de las manos de un hombre.

—Pretender dar con ese árbol es como buscar una aguja en un pajar —se lamentó Colín.

Hubo una pausa. Con el deseo de encontrar una solución, se miraban unos a otros.

—Bueno —dijo Peter—. ¿A nadie se le ocurre nada? Es increíble que entre los Siete Secretos no haya uno solo capaz de discurrir algo.

Janet empezó a decir, poniéndose colorada:

—Como sabéis, yo no estaba cuando hablasteis con ese Tom Smith pero sé lo que habéis contado. Según habéis dicho, os confesó que aunque sabe cuál es el árbol en que está escondido el estuche, no puede sacarlo porque tiene las manos demasiado grandes. Siendo así, ¿qué puede hacer? Pues, sencillamente, ocultarse y esperar a que llegue su compinche para sacar las medallas. Entonces saldrá de su escondite y se acercará a él para apoderarse de las medallas. Y digo yo: ¿por qué no vamos uno de nosotros a espiar? Así podremos averiguar cuál es el árbol. El que vaya, que se lleve a *Scamper*. Así...

—... podrá asustarlos y hacerlos huir, de modo que nada nos impedirá acercarnos al árbol —interrumpió Peter, entusiasmado—. ¡Janet, eres estupenda! ¡No creía que

fueses tan lista!

—También podríamos avisar a la policía y explicárselo todo —agregó Janet.

—Eso no —rechazó Peter—. Ellos querrían que se les pagara la recompensa y ésta iría a parar al montepío de la policía. Sabemos que el general no está sobrado de dinero. Desprenderse de cincuenta libras supondría un gran sacrificio para él. Si recobramos las medallas nosotros, podremos decir: «Gracias, señor; no queremos gratificación alguna». Y así ocurrirá.

—Además, los policías son tan grandotes —dijo Bárbara—, que los ladrones los descubrirían antes de lo conveniente. Nosotros somos pequeños y podemos pasar inadvertidos, trepando a los árboles y escondiéndonos entre las ramas como se esconden los pájaros.

—Protegidos por *Scamper* no puede ocurrirnos nada malo —exclamó Pamela—. ¿Verdad, *Scamper*?

—¡¡Guau!! —contestó *Scamper* con todas sus fuerzas. Movi6 el rabo y se sintió muy importante. ¡Iba a tomar parte en la aventura! ¡Cuántas cosas podría contar al perro del vecino!

—Esa misión me corresponde a mí —dijo Colín—, ya que me encargasteis de resolver el asunto de las condecoraciones.

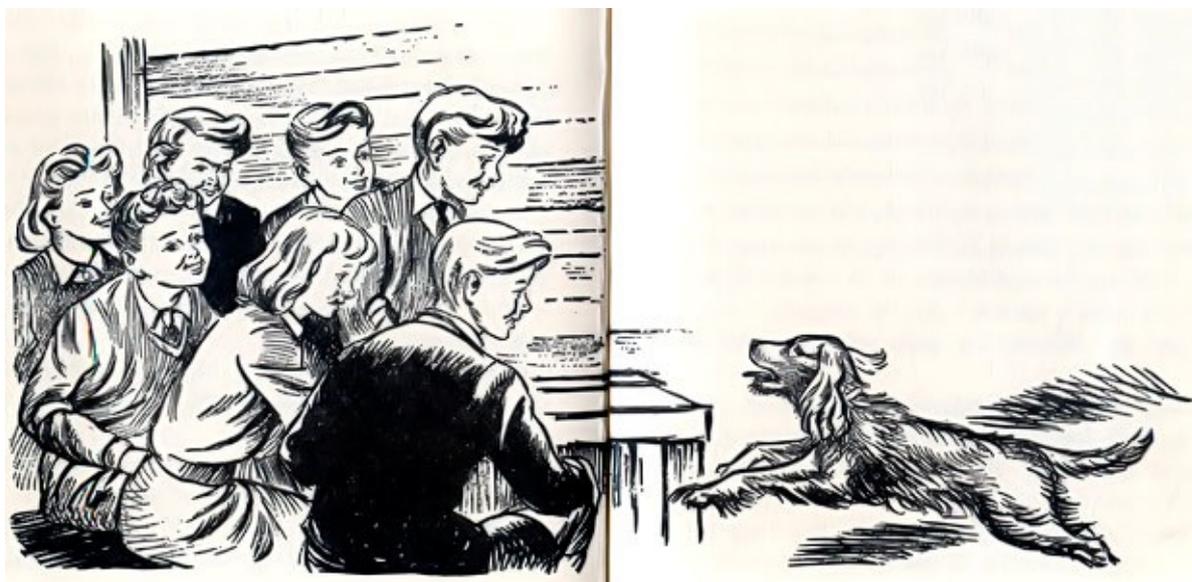
—Pero la idea ha sido mía —protestó Janet.

—Yo soy el jefe. Así, amigos, creo que debo ir yo también.

—No hagamos tonterías —intervino Jorge—. Si vamos todos, el ladrón podrá vernos al pasar cerca de nosotros.

—¿Cómo podemos saber que va a pasar cerca? —preguntó Janet—. A lo mejor, nos colocamos lejos del árbol que nos interesa.

—Sabemos que está cerca del sitio en que almorzamos —dijo Colín—. Pensándolo bien, quizá sea mejor que vayamos todos. Sólo *Scamper* es un peligro: puede anticiparse a ladrar y asustar al ladrón antes de que llegue al árbol que buscamos.



—Tienes razón, Colín; existe ese peligro —admitió Peter—. Pero podríamos mantener a *Scamper* apartado, sujeto con la correa hasta que alguno de nosotros, yo, por ejemplo, avisara con un silbido que podía entrar en acción.

Así, hablando, riendo y entusiasmándose cada vez más, consiguieron elaborar un plan, que Peter resumió. Finalmente dijo:

—Nadie debe enterarse de esto. Nos encontraremos aquí, al oscurecer. Como puede hacer frío, no me vengáis sin jersey. Tampoco debéis olvidar las linternas, y hacedme el favor de comprobar que las pilas no estén demasiado gastadas. Podría ser peligroso que de pronto nos quedásemos a oscuras.

—Esta noche hay luna; no lo olvides —advirtió Pamela.

—Lo sé —dijo Peter—. Pero las nubes pueden cubrirla. Además, el bosque es siempre oscuro. Otra cosa: hay que guardar el mayor silencio. Si es preciso hablar, lo hemos de hacer al oído, susurrando. ¿Entendido?

—Sí —respondieron todos muy bajito, como si estuvieran ya en el bosque.

—Cada uno de nosotros se esconderá en un sitio —continuó Peter—, en la copa de un árbol o entre la maleza, y vigilará los árboles que tenga a su alcance. Colín nos llevará al lugar donde os sentasteis a comer y desde allí nos distribuiremos estratégicamente por todo el sector, de modo que nadie pueda pasar sin que alguno de nosotros lo veamos. Nadie hará ruido, y ¡pobre del que se ría! ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

La respuesta fue unánime. Pero las chicas sintieron un cosquilleo a lo largo de la espalda. La cosa no era para menos. ¡Qué emoción!

—No nos moveremos hasta ver hacia qué árbol se dirige el ladrón para llevarse las medallas —añadió Peter—. Entonces soltaremos a *Scamper*, que se encargará de ahuyentar y perseguir al ladrón, y nosotros aprovecharemos este momento para buscar la grieta y sacar el estuche.

—¡Es la aventura más emocionante que hemos tenido! —exclamó Bárbara con voz trémula—. ¡Y la más peligrosa!

—No habrá peligro si cumples mis instrucciones —dijo Peter—. Y ahora escuchad: si alguno de vosotros nota que se apodera de él el miedo, que se quede quieto en su sitio, que no salga, pues podría echarlo todo a perder. Por lo que más queráis, no olvidéis esto... Y nada más. Sólo rogaros que seáis puntuales. Al oscurecer, todo el mundo aquí. No esperaremos al que se retrase.

Todos se propusieron ser los primeros en llegar.

No era cosa de perderse una aventura tan emocionante y maravillosa.

«Ojalá encontremos las medallas —se decía Colín al volver a su casa—. Me sentiría feliz si pudiera devolvérselas al general y ver su cara radiante de alegría. Nunca he deseado nada tan vivamente».

¡Encomiéndate a Dios, Colín! La aventura es peligrosa. Pueden ocurrir cosas desagradables.

De modo, Colín, que ¡mucho cuidado! ¡Y mucha suerte, Siete Secretos!

¡Contened la respiración, Siete Secretos!

Aquella tarde, Sussy, la insoportable hermana de Jack, miró con viva curiosidad a su hermano cuando introducía una pila nueva en su linterna.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—¡A ti qué te importa! —gruñó Jack—. Siempre has de meterte donde no te llaman.

—Tú vas a algún sitio con los Siete Secretos —insistió Sussy—. Anda, dime adónde vas. No seas malo y dímelo.

—¡Que te crees tú eso! —refunfuñó Jack, apartándola—. ¡Déjame en paz!

—No hay duda de que tenéis algún asunto entre manos —dijo, maliciosa, Sussy.

—Si fueras un chico, ya te habría largado un puñetazo. Así te habría quitado las ganas de hacer preguntas.

—Si no me lo dices, te seguiré —anunció Sussy—. Y, además, me llevaré a Binkie.

—¡Pobre de ti como lo hagas! —la amenazó Jack, furioso—. Es un asunto de los Siete Secretos y sólo a nosotros nos interesa. ¡Pobre de ti como te entrometas!

—Sólo quiero saber de qué se trata —machacó Sussy.

Jack golpeó el suelo con el pie y se encerró en su habitación, dando un portazo.

El muchacho se dijo que su hermanita tenía un olfato especial para descubrir las aventuras de los Siete Secretos. Sería capaz de seguirle con aquella estúpida Binkie de cara de conejo. Habría de salir con la anticipación suficiente para poder dedicar a esquivarlas el tiempo que fuera preciso.

Los demás miembros del Siete Secretos estaban también ocupados en preparar sus linternas y recordar las instrucciones dadas por Peter. *Scamper* no comprendía el motivo de que Janet y Peter estuvieran tan nerviosos. ¡El tiempo pasaba tan despacio para ellos! Les parecía que nunca habría de llegar la noche.

—Ahora, *Scamper*, habrás de cumplir al pie de la letra lo que te ordene —dijo Peter al asombrado animalito—. Seguramente tendrás que asustar a un hombre, ladrándole y amenazándole; pero no le muerdas. Y hasta que llegue el momento, has de procurar no hacer el menor ruido. Debes estarte muy quietecito hasta que te avise. ¿De acuerdo?

—¡¡Guau!! —repuso *Scamper*, encantado y como si dijera: «¡No faltaba más!».

La tarde fue interminable para los Siete. Les pareció que la oscuridad tardaba en llegar más que nunca. Pero, al fin, las nubes de poniente se tiñeron de rojo y se hizo de noche.

Peter y Janet cenaron sin rechistar. Su madre les preguntó, extrañada:

—¿Os sentís bien?

—¡Ya lo creo! —repuso Peter, alarmado—. Es que hemos de reunimos esta noche los Siete Secretos. Como vosotros vais a salir, os damos ya las buenas noches. ¡Hasta mañana!

—Bien. Pero no alarguéis demasiado la reunión. Papá y yo regresaremos alrededor de medianoche. Espero que a esa hora estéis ya profundamente dormidos.

Peter respiró al saber que disponían de varias horas.

Tanto él como Janet tenían preparadas las linternas y una buena provisión de chicles y caramelos para chupar y masticar mientras esperaban en sus escondites. Llevaban también sus jerseys por si el frío aumentaba.

Los Siete llegaron en silencio al lugar de la cita apenas oscureció. Las luces centellearon en el jardín cuando los miembros del club se dirigían al cobertizo.

—¿Estamos todos? —preguntó Peter—. ¿Sí? Bien. ¿Tienen pila todas las linternas? ¿Sí? Perfectamente. ¿Lleváis todos jersey? ¡Magnífico! En marcha.

Y se pusieron en camino. *Scamper* iba detrás de Peter, pisándole los talones.

La luna salió al anochecer, pero su luz apenas llegaba al suelo del bosque. Bajo los árboles reinaban las sombras, como pudieron comprobar los Siete Secretos.

—¿No habéis oído pasos por allí? —preguntó Peter, deteniéndose de pronto—. A mí me ha parecido oír un crujido, algo así como si alguien pisara una rama. El ruido venía de nuestra espalda.

Jack se estremeció. ¿Serían Sussy y Binkie? No, era imposible que le hubieran visto cuando él había salido de casa.

Pero como Peter ya no oyó más ruidos sospechosos, continuaron su camino en fila india y en el mayor silencio.

Bárbara cogió a Pamela del brazo. No tenía miedo, pero se sentía más a gusto cogida del brazo de su compañera. Y Pamela lo agradeció porque le ocurría lo mismo. La aventura era de verdad escalofriante.

Scamper fue husmeando a un lado y a otro durante todo el camino. Estaba encantado de aquel paseo en la oscuridad de la noche con los Siete Secretos. Al fin llegaron al bosque de Bramley y pronto estuvieron en el lugar donde habían almorzado.

—Sabemos que el árbol de las medallas no puede estar lejos de aquí —susurró Peter—. Que cada cual busque su escondrijo. Podéis escoger el que queráis con tal que no se os vea y que desde él podáis vigilar muchos árboles.

Poco a poco, fueron desapareciendo los Siete. Peter trepó a un árbol y lo mismo hizo Jack. Janet encontró un arbusto bajo en el que pudo instalarse cómodamente y a través de cuyas ramas podía acechar sin ser vista. Pamela se tendió detrás de una mata de helechos, confiando en que nadie pasaría por encima de ella. Bárbara se internó en un matorral. Allí quedó tan invisible, que sus compañeros se preguntaban dónde estaría.



«Aquí podría dormir perfectamente», pensó. ¡Pero cualquiera se dormía en aquellos momentos!

Colín y Jorge treparon por el tronco de un viejo roble y se echaron en una gruesa rama, hablando muy bajito. *Scamper* se tendió entre unos helechos, al pie del árbol donde estaba Peter. Tenía las orejas en alto, a fin de captar cualquier señal que le hiciera su amo desde arriba.

«Ninguno de nosotros podemos ver a los de más, y eso es buena señal —se dijo Peter—, ya que demuestra que tampoco nos podrá descubrir ningún extraño».

Un búho graznó repentinamente en el árbol cercano, y los Siete Secretos se estremecieron. *Scamper* empezó a aullar y Peter lo riñó y le ordenó que se callara. *Scamper* obedeció, se volvió a echar y levantó de nuevo las orejas. ¿Por qué habría gritado el búho?

Un conejo salió de su madriguera y empezó a mordisquear la hierba. Todos se quedaron mirándolo encantados. Luego un segundo conejo se unió al primero y los dos se pusieron a jugar alegremente como si danzaran, saltando de un lado a otro. Un rayo de luna los iluminaba. *Scamper* tuvo que cerrar los ojos, desesperado. ¡Tener conejos tan cerca y no poder cazarlos! ¡Esto era demasiado!

Luego llegó corriendo una ardilla por la rama en que estaban Colín y Jorge. Al ver a los dos muchachos se detuvo de pronto. Ninguno de los dos se movió. Al fin, la ardilla creyó que formaban parte del árbol y empezó a pasear tranquilamente por sus cuerpos. Al llegar a sus rostros se detuvo para husmearlos.

—¡No me hagas cosquillas, por favor! —suplicó Colín en voz baja.

Y la ardilla echó a correr asustada.

El pobre Jack también sintió un cosquilleo en la nariz. Luchó desesperadamente por contener el estornudo, pero le fue imposible. Tras esfuerzos inauditos, lanzó un

sonoro «¡¡atchís!!». Los conejos se sobresaltaron y corrieron a esconderse en sus madrigueras, mientras los demás miembros del club se estremecían de horror.

Peter, que estaba cerca de Jack, casi se cae del árbol.

—¡Qué borrico eres! —susurró con voz ronca—. No vuelvas a hacerlo. ¡Por poco me caigo!

—No lo he podido evitar, créeme —contestó Jack, confundido, y en voz baja, como Peter—. Casi me caigo yo también. ¿Verdad que brilla demasiado la luna?

—¡Silencio! —exclamó Peter, indignado y temeroso de que todos empezaran a hablar.

Volvió a reinar una quietud de muerte. Luego se levantó un ligero vientecillo, y el ramaje empezó a murmurar misteriosamente. El búho pasó volando sobre el escondrijo de Pamela y reanudó sus graznidos. La niña se levantó asustada, lo que sobresaltó a sus amigos.

—¡Pamela, lo mejor será que te vuelvas a casa! —dijo severamente Peter—. ¿Has oído? He dicho que te vayas.

Pero Pamela volvió a echarse entre la maleza. Estaba a punto de echarse a llorar. No quería marcharse. ¡Maldito búho! ¿Por qué graznaría junto a su oído?

Reinó de nuevo la calma. El búho se había alejado. Los conejos continuaban en sus madrigueras. Nadie tosía ni estornudaba. Pero alguien lanzó un bostezo.

—¡Chiss! —ordenó Peter—. Me parece que alguien se acerca.

Este aviso los paralizó a todos. Nadie se movía. Los corazones empezaron a latir con fuerza. Pamela temía que el suyo le saltara del pecho. Oía sus latidos. ¡Pom, pom, pom! ¡Con tal que no lo oyeran los demás!

Sí, alguien se acercaba. Los Siete, y con ellos *Scamper*, oían claramente unos pasos en la maleza. De vez en cuando se oían crujidos de ramas. Además, el que se acercaba tosió sin cuidado alguno. ¿Quién sería? ¿El ladrón que había escondido las medallas? ¿Tom Smith? ¿Un paseante nocturno?

Era Tom Smith. Avanzaba bajo la luz de la luna, moviendo los brazos, en cuyo extremo se veían sus grandes manos. ¿Vendría a recoger las medallas? Seguramente no, pues sus manos no pasaban por la abertura del escondrijo. ¿Vendría a esperar a su cómplice al individuo que tenía las manos pequeñas, lo que le permitió robar el estuche y después esconderlo en el tronco del árbol?

Se oía la fuerte respiración de Smith entre los árboles. Tan cerca pasó de las plantas en que se ocultaba Pamela, que la niña temió no sólo que la descubriese, sino que incluso la pisara. Luego se detuvo y miró en todas direcciones. Desde luego, no buscaba a los Siete Secretos, aunque todos creyeron que los iba a descubrir entre el ramaje.

«Ha venido a esperar a su compañero —pensó Peter, mirándolo desde la copa del árbol—. Supongo que se esconderá en algún sitio para ver a qué árbol se acerca su compinche. ¡Dios mío, qué emocionante!».

¡Y tan emocionante! ¡Contened la respiración un poco más, Siete Secretos!

¡Quieto, *Scamper*! Tom Smith se ha escondido y espera. ¡Espera a alguien que no tardará en llegar!



Momentos difíciles

Tom Smith se dirigió a un árbol de grueso tronco y se escondió tras él. Ignoraba que Colín y Jorge estaban en la copa, sobre su cabeza. Los muchachos hacían grandes esfuerzos para no moverse. Incluso procuraban no hacer ruido al respirar. *Scamper* estaba cerca, echado en el suelo y tan estirado como podía, a fin de hacer el menor bulto posible.

Todos guardaban silencio, aunque interiormente vibraban de emoción, preguntándose qué ocurriría.

De pronto, se oyó un ladrido. Pero no procedía de *Scamper*. Los Siete aguzaron el oído. Era evidente que se acercaba otro perro. Tal vez acompañaba y protegía al ladrón de manos pequeñas. Quizás éste temía que Tom Smith estuviera al acecho, como en realidad sucedía. Se oyó un leve silbido, y un hombre apareció en un claro del bosque, cubierto de hierba e iluminado por la luna, próximo al lugar donde se ocultaba Pamela. Le seguía un perro de gran tamaño.

«Es un perro lobo —se dijo Peter—. Quiera Dios que no olfatee a *Scamper*, lo devoraría en un abrir y cerrar de ojos. La cosa se pone fea».

De pronto, el perro lobo empezó a gruñir. ¿Habría olido a *Scamper* o a alguno de los Siete?

—¡Calla, *Nabber*! —le ordenó el individuo que iba con él—. ¿No ves que no hay nadie? Aquí sólo puedes olfatear conejos.

El hombre atravesó el espacio iluminado por la luna y penetró en la sombra del bosque, seguido de *Nabber*, que no cesaba de gruñir casi imperceptiblemente.

Transcurridos unos momentos, los niños vieron que Tom Smith salía de su escondite. El perro lobo se detuvo; volvió la cabeza y gruñó ferozmente. Tom Smith gritó al recién llegado:

—¡Soy yo, Willy! Saca las medallas y hablaremos. Dan una buena recompensa por ellas. Nos la repartiremos.

—¡Eso estaba pensando! —contestó el llamado Willy, y se echó a reír—. Sospechaba que me esperarías. Ahueca el ala. Si no te vas, lanzaré a *Nabber* contra ti.

—*Nabber* no me atacará —replicó Tom—, porque me conoce. Anda, saca las condecoraciones.

—¿Por qué no las sacas tú? —dijo Willy en tono burlón—. Están ahí, en el fondo de esa grieta. Ven y cógelas. Si las sacas, tuyas son. Puedes intentarlo si tanto te interesan.

—¡Sabes mejor que yo que me es imposible! —exclamó Tom, furioso—. Mi mano es demasiado grande. No puedo introducirla en el boquete. Te estás burlando de mí, y, además, me has traicionado. Has venido en la oscuridad de la noche y sin avisarme a recoger el botín. ¡No lo consentiré, Willy! Sácalas ahora mismo y dámelas. No desafíes a un hombre tan fuerte como yo. Bien sabes que de un puñetazo te pulverizaría. Si no haces lo que te digo, miserable enano de manos de muñeca, te

haré pedazos ahora mismo.

Willy se apartó del árbol. Su sonrisa era tan burlona y retadora, que Tom Smith perdió los estribos. Se oyó un golpe, y el pequeño Willy rodó por el suelo. Entonces el perro lobo se lanzó sobre Tom Smith y también el corpachón de éste fue derribado. Los Siete Secretos presenciaban la escena, sorprendidos y horrorizados. El único que se estaba divirtiendo era *Scamper*. Sentía grandes deseos de intervenir y ayudar al gran perro lobo. Pero se contenía, esperando las órdenes de Peter. Sin embargo, no pudo reprimir unos cuantos ladridos de alegría.

—¡Guau, guau, guau!

Al oírlo, el perro lobo levantó la cabeza, miró en torno de él y empezó a gruñir amenazadoramente.



Entretanto, Tom Smith se levantó y Willy ordenó a *Nabber*.

—¡Busca a ese perro!

Nabber se arrojó sobre *Scamper* y le dio un gran revolcón. Pero *Scamper* creyó que se trataba de un juego, se levantó y empezó a brincar alrededor del perro lobo, mientras lanzaba gruñidos de alegría. ¡Tenía tan pocas ocasiones de jugar con un perrazo como aquél!

Peter bajó de su árbol, y lo mismo hizo Jack. Los dos temían por *Scamper*.

—¡*Scamper*, ven aquí en seguida! —Ordenóle Peter.

El perrazo quedó muy sorprendido al ver aparecer repentinamente a dos muchachos. Y en cuanto a Tom Smith y Willy, los miraban sin dar crédito a sus ojos.

¡Primero un perrito y luego dos muchachos! ¿Qué demonios sucedía aquella noche en el bosque?

Scamper seguía saltando alegremente alrededor del sorprendido *Nabber*, el cual,

como era joven aún, acabó por ponerse a jugar con *Scamper*.

—¿Qué diablos hacéis aquí? Espiando, ¿eh? Este perrazo podría haberos mordido, y os lo merecáis.

—¡Suélteme! —exclamó Peter, furioso—. Sí, les estábamos espiando. Usted ha dicho a mis amigos esta mañana que vio como un hombre de manos pequeñas escondía en un árbol las medallas del general. Por eso hemos venido. Queremos recuperarlas y hacer una buena obra, entregándoselas a su legítimo dueño.

—Y además, iremos inmediatamente a dar parte a la policía, que los atrapará a los dos, no les quepa duda —añadió Jack.

Ciego de cólera, Tom Smith cogió del brazo a Peter y le atrajo hacia sí. Pero se fijó en su mano derecha y cambió de parecer.

—Ven —dijo—. Me servirás para sacar del árbol el estuche de las medallas. Tus manos son pequeñas y pasarán por la boca del escondite. ¡Vamos!



Empujó a Peter hacia el lugar donde Willy y él habían peleado. Pero *Scamper* se abalanzó sobre Tom y trató de morderle en una pierna, a través de los gruesos pantalones. Smith le dio un puntapié, y el perro lanzó un aullido.

—No maltrate a mi perro —le amenazó Peter, furioso.

Pero Tom repitió el puntapié y *Scamper* volvió a aullar. Esto fue demasiado para Janet, que, sin pensarlo, salió del arbusto donde estaba escondida y corrió hacia el quejumbroso *Scamper*.

—¡Pobrecito mío! ¿Estás herido?

Tom Smith y Willy recibieron una nueva sorpresa al ver aparecer a la niña.

—Pero, ¿cuántos sois? —preguntó Tom, estupefacto—. ¿Qué diablos hacéis en el bosque siendo tan tarde?

Los demás miembros del Siete Secretos no pudieron continuar en sus escondites. Pamela se levantó entre los helechos que la ocultaban, Bárbara salió de su escondite y Colín y Jorge bajaron de su roble.

—¿Qué significa esto? —preguntó Willy, pasmado ante la aparición de tantos chicos.

—Estos mozalbetes pertenecen a un ridículo club —explicó Tom Smith—. Me hablaron de él esta mañana. Pero dejemos esto: lo que importa es que tú seas comprensible. Saca el estuche del árbol y vámonos.

—No, no me fío de ti —repuso Willy.

—En ese caso, obligaré a este chico a que saque las medallas —dijo Tom, sin inmutarse. Y empujó a Peter hacia un árbol viejo y enorme. En el tronco, a media altura, se veía una grieta. Tom forcejeó con Peter para obligarle a introducir la mano por ella. Alumbraba el tronco con su linterna.

—¡Estése quieto! —gritó Peter—. ¿No ve que mis manos son demasiado grandes también? ¡Me está despellejando los dedos!

—Es verdad —dijo Tom, y atenazando con sus manazas a Pamela, que estaba horrorizada, exclamó—: Esto sí que es una mano pequeña. ¡Hala, nena! Saca tú la caja.

—Debe usted alejarse —le advirtió Peter—. ¿No ve que le tiene miedo? Podrá hacer lo que usted le dice sí se aparta de aquí. ¿Verdad, Pamela?

Y dio un codazo a su compañera, que estaba a punto de echarse a llorar. Consiguió contenerse y dijo disimuladamente a Peter:

—No te vayas de mi lado. Tengo mucho miedo. Aleja a estos hombres. Mi mano tiembla tanto, que no acierto a introducirla en la grieta.

—¡Está bien! ¡Ya nos apartamos! —exclamó Tom—. Ahora, señorita —añadió desde lejos—, introduzca la mano, busque hasta encontrar el estuche y sáquelo con todo cuidado.

Peter susurró a Pamela:

—Sácalo rápidamente y dámelo a mí, mientras haces ver que sigues buscando.

Pamela metió la mano en el agujero, encontró en seguida el estuche y lo sacó fácilmente.

Peter lo cogió con el mayor disimulo, lo abrió, sacó las medallas y se las guardó en el bolsillo, sin dejar de charlar con Pamela para distraer la atención de los dos hombres.

—Mete la mano un poco más, Pamela. ¡Ah! ¿Ya lo tienes? Pues ahora sácalo con cuidado, con mucho cuidado. Estos señores no se acercan. De modo que puedes estar tranquila... ¿Ven ustedes? ¡Ya ha sacado el estuche!

Al oír esto, los dos hombres se acercaron inmediatamente a Peter, que entregó a Tom el estuche vacío, pidiendo a Dios que no se le ocurriera abrirlo. Tom, temeroso de que Willy se lo arrebatara, lo ocultó rápidamente entre sus ropas y dio media vuelta, dispuesto a emprender la retirada. Pero Willy lo detuvo, cogiéndole del brazo.

—Espera. ¿Qué vamos a hacer con estos muchachos? Nos pueden denunciar. Necesitamos tener el camino libre para huir. Además, quiero estar a tu lado hasta que nos repartamos las medallas.

—¡Es un contratiempo! No podemos atar a toda esta chiquillería, Willy. No tenemos cuerda ni para uno solo.

—Entonces dejaremos a *Nabber* de guardia —propuso Willy—. Se arrojará contra el que trate de escapar. No se moverá de aquí hasta el amanecer si yo se lo ordeno.

—¡Estupenda solución! —exclamó Tom Smith—. ¡Anda, dale la orden a *Nabber*!

—¡Quédate aquí, *Nabber*, quédate! —ordenó Willy—. Toda la noche, ¿entiendes? ¡Toda la noche! Vigila a los niños y no te muevas de aquí.

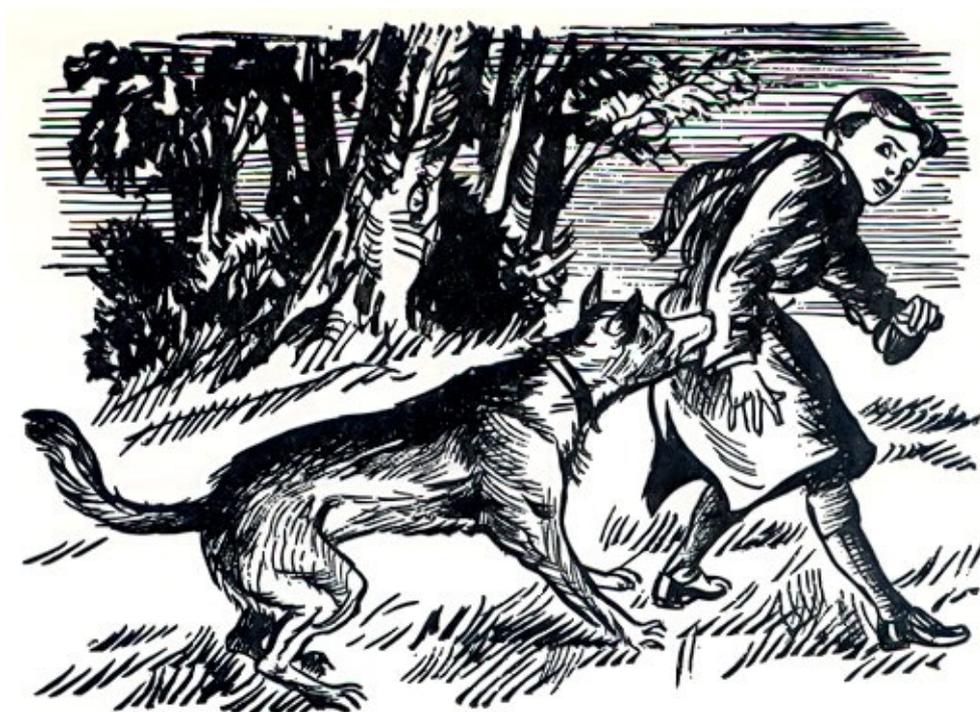
—No debe hacer eso —exclamó Peter.

Pero Willy lo hizo.

Éste y Smith se alejaron con paso rápido, dejando a sus espaldas a *Nabber* enfrentado con los Siete. Al ver que se marchaban, *Nabber* gruñó, pero cumplió las órdenes recibidas. Dio varias vueltas alrededor de los niños y de *Scamper*, y se echó cerca de ellos para vigilar atentamente sus movimientos.

—¡Esto es desesperante! —exclamó Colín, indignado—. ¿Qué pensarán nuestros padres cuando vuelvan a casa y no nos vean? Se llevarán un susto tremendo. Yo no puedo estar aquí toda la noche. ¡De ningún modo!

Y, levantándose de un salto, echó a andar por el sendero. Pero *Nabber* se levantó al instante, corrió tras él y, cogiéndole con los dientes por la manga, lo obligó a volver al grupo.



—No hay escapatoria, Colín —dijo Peter—. Sin duda este perro está entrenado para este trabajo. Nos mantendrá a raya. Estoy seguro de que nos mordeará si tratamos de huir.

—Lo importante es —exclamó Pamela, riendo— que las medallas de oro están en

poder de Peter. Los ladrones sólo tienen el estuche vacío. ¿Verdad que ha sido estupenda la idea de Peter? Les hizo comprender que yo estaba asustada, y ellos se alejaron para que me tranquilizase. Así no pudieron ver lo que hacíamos protegidos por la oscuridad.

—Pero ¿qué hiciste? —indagó Janet, extrañada.

Peter sacó de su bolsillo una de las grandes medallas y la mostró a la luz de la luna. Una sonrisa de satisfacción iluminaba su rostro.

—Hay que felicitar a Pamela. Lo hizo la mar de bien. Fue tan rápida, que yo tuve tiempo de abrir el estuche, sacar las medallas y volverlo a cerrar. De modo que lo entregué vacío a los dos hombres.

Los Siete se echaron a reír. ¡Qué a gusto se rieron! Habían engañado a dos ladrones: los habían alejado con un estuche vacío y allí estaba Peter con el bolsillo lleno de condecoraciones.

¡Qué bien lo habéis hecho. Siete Secretos! Pero... ¡pobrecitos! No es nada agradable pasar la noche en un bosque oscuro, donde sopla un vientecillo húmedo y frío. Y con la temible certeza de que si intentáis huir, *Nabber* os lo impedirá.



Espera interminable, y mucho frío

Los Siete se instalaron tan cómodamente como pudieron entre la maleza. *Scamper* se echó entre Peter y Janet y éstos se lo agradecieron al notar el calor de su cuerpo, porque el airecillo de la noche era frío y desagradable.

—¡Estoy helada! —se quejó Pamela al cabo de un rato—. Estoy tiritando de frío. Cómo me gustaría tener algo para entrar en calor. Aunque fuese una botella de agua caliente.

—Lo mejor será que nos apretemos uno contra otro —propuso Colín—. Oíd, compañeras: vosotras dos os ponéis juntas y nosotros os rodearemos para protegeros del viento.

—¡Gracias, Colín! —Respondieron las niñas.

Se sentaron en el suelo, se abrazaron y los chicos formaron un círculo en torno de ellas.

Peter puso a *Scamper* en su regazo y se sintió como al lado de una estufa.

—Te iré prestando a mis compañeros, *Scamper* —dijo—. Despides un calorcito tan agradable, que todos deben beneficiarse de él.



Nabber, el perro lobo, parecía no prestar atención a lo que hacían los chicos. Les daba la espalda, y estaba pendiente del regreso de su amo. Pero, al menor ruido, al menor movimiento sospechoso de alguno de los Siete, sus orejas se erguían e inclinaban hacia atrás para captar mejor cualquier indicio de fuga.

Una vez que Peter se levantó para ponerse más cómodo, el perrazo corrió hacia el grupo, gruñendo con ferocidad y mostrando sus afilados dientes. Desde luego, habría

sido inútil intentar huir Ningún fugitivo llegaría muy lejos, pues pronto le alcanzaría *Nabber*.

—No te inquietes, *Nabber*. No somos tan idiotas que nos creamos capaces de engañarte —dijo Colín—. Puedes dormir si quieres.

Pero *Nabber* no durmió. Aunque tuviera que estar allí toda la noche, no cerraría los ojos ni un solo minuto. En cambio, *Scamper* decidió cerrar los suyos. Estaba cansado y, además, inquieto, pues notaba que algo no iba bien, y no sabía cómo remediarlo. Pronto tuvo los ojos cerrados y, dando un suspiro, se durmió. Pero en seguida se despertó de nuevo. Un atrevido conejo había salido de su madriguera y se acercaba al silencioso grupo.

—Esos bandidos tendrán tiempo sobrado para huir —gruñó Peter—. Llegará el nuevo día sin que este perro lobo nos permita dar un paso, y entonces los dos hombres estarán a muchos kilómetros de distancia.

—¿Cuánto tardarán en descubrir que el estuche de las medallas está vacío? —preguntó Pamela—. Me gustaría estar delante para ver la cara que ponen ambos.

—Quiera Dios que no lo descubran demasiado pronto —dijo Janet—, pues en cuanto se enteren se apresurarán a venir para averiguar qué hemos hecho de las medallas.

—No es una posibilidad agradable, ni mucho menos —comentó Peter—. No había caído en el detalle de que puedan volver. Habrás de vigilar, *Scamper*. Ten las orejas bien tiesas y gruñe al menor indicio de que esos sujetos vuelven.

—¡¡Guau!! —contestó *Scamper* inmediatamente.

Y se levantó. Ya no dormiría más aquella noche.

Pasó media hora que a los niños les pareció medio siglo. Sentían cada vez más frío. Pamela temblaba de tal modo, que los demás protestaron, diciendo que los hacía temblar a todos.

—Menos mal que Peter nos ordenó que no viniéramos sin jersey —dijo Bárbara.

—Yo me he envuelto los pies con el mío —declaró Janet—. Los tenía helados.

Nabber se puso de pronto en pie con las orejas más tiesas que nunca. Había permanecido a cierta distancia de los niños, y echado con el hocico entre las patas, pero atento y vigilante para impedir cualquier intento de fuga. *Scamper* se levantó también de un salto.

—Los perros han oído algo —observó Colín—. Mirad sus orejas. Por lo visto, oyen algún ruido. Pero yo no oigo nada.

Nabber lanzó un fuerte gruñido, pero *Scamper* guardó silencio. Se oyó un rumor lejano y *Nabber* volvió a gruñir.

—Me ha parecido oír el timbre de una bicicleta —dijo Colín—. ¿Quién demonios puede estar paseándose en «bici» por el bosque de Bramley a estas horas?



Nabber gruñó de nuevo y miró a los Siete como diciéndoles: «¡Cuidado con moverse!». *Scamper* gemía, lo que extrañaba a los chicos. ¿Por qué gemía en vez de ladrar?

Volvió a sonar el timbre. En efecto, era de una bicicleta. Los Siete saltaron a la vez.

—¡Magnífico! —exclamó Peter—. Un ciclista trasnochador pasa cerca de aquí. Gritemos cuanto podamos. A lo mejor se detiene y le podemos contar lo ocurrido.

—Pero pensad en *Nabber* —dijo Pamela—. Tenemos que impedir que el ciclista se acerque, pues el perro le atacaría.

—¡Tienes razón! ¡No había pensado en eso! —confesó Peter—. ¡Maldita sea! No podemos arriesgarnos a que le muerda.

Todos volvieron a perder los ánimos. ¡Qué desilusión!... Otra vez sonó un timbre... o quizá dos. Al parecer, se acercaba más de una persona. Peter pensó que debía detenerlos a gritos, rogarles que fueran a pedir socorro y hablarles de la peligrosa presencia del perro lobo.

Al fin, incluso se oyeron voces, voces infantiles, no de personas mayores. ¡Qué mala pata! Pero ¿qué niños serían aquellos que iban de noche en bicicleta por caminos solitarios y a través de un bosque?

Jack dio un repentino salto.

—¡Distingo la voz de Sussy! —exclamó—. ¡Y también la de Binkie! Estoy seguro.

—¿Qué demonios harán por aquí a estas horas? —preguntó Peter, extrañado.

—Sussy sabía que íbamos a hacer algo emocionante esta noche —repuso Jack—. Ya sabes lo entrometida que es. ¡Quieto, *Nabber*, quieto! No intento huir. Me he puesto de pie, pero nada más. ¡Anda échate otra vez; no seas malo! ¡Oh, Peter! Apostaría la cabeza a que Sussy ha encontrado mi cuaderno de notas y así se ha enterado de que teníamos que venir al bosque esta noche. Seguro que viene para sorprendernos.

—Pues esta vez me alegro infinito de ver a tu hermana y a la tonta de Binkie —

dijo Peter—. No me cabe duda de que son sus voces. Llamemos todos a la vez a Sussy.

Y entre los altos árboles y los bajos arbustos sumidos en la oscuridad de la noche, resonó el nombre de la hermana de Jack.

—¡Sussy! ¡¡Sussy!!

Nabber se puso nervioso al oír de pronto estos gritos. Se quedó mirando a los chicos que gritaban sin saber qué hacer. Al fin comprendió que no intentaban huir, y volvió a echarse tranquilamente con la cabeza entre las patas. En cambio, *Scamper* estaba cada vez más excitado.

También él había oído las voces de las chicas y al punto las había reconocido. Dejando a los Siete, echó a correr por el sendero hacia donde se oían las voces. *Nabber* lo miró, pero no hizo nada por detenerlo: *Scamper* era un perro, y él tenía que vigilar sólo a los niños.

Las voces eran, en efecto, las de Sussy y Binkie. ¡Qué sorpresa tan agradable! Peter escuchaba ansiosamente el sonido de las voces que se acercaban. Nunca habría creído que se sentiría tan feliz al oír la voz de Sussy, aquella voz que siempre le había enfurecido.

Las dos niñas habían oído la llamada.

—Ya vamos. ¿Dónde estáis? ¿Os ha ocurrido algo malo? ¿Qué hacéis en el bosque a estas horas?

—Estamos aquí. ¡Aquí! —Respondieron a la vez los Siete.

—Venid vosotros —gritó Sussy—, o encended las linternas. ¡No se ve nada!

—Oye, Sussy; un perro lobo nos vigila —gritó Jack—. ¡Tened cuidado! Nos os acerquéis demasiado.

Las luces de las bicicletas parecían ojos que se acercaban. *Nabber* se levantó y empezó a gruñir con el lomo erizado.

Jack temió por su hermana y Binkie.

—No os acerquéis más —volvió a decirles—. ¿Oyes, Sussy? ¡Bajad de las bicicletas y quedaos ahí! ¡No os mováis! El perro lobo os atacará si seguís avanzando.

—¿Qué significa ese perro? —preguntó Sussy mientras obedecía a su hermano, bajando de la bicicleta y dirigiendo la luz del farol hacia los Siete—. Pero ¿qué demonio hacéis aquí tan quietos y amontonados? Debéis de estar helados.

Binkie también bajó de su «bici» y avanzó un poco hacia los Siete. Pero *Nabber* gruñó con más fuerza y corrió hacia ella enseñándole los blancos dientes. Binkie se estremeció.

—¡Quieta! —le dijo Peter, y Binkie quedó tan inmóvil como una estatua.

—¿Por qué os vigila ese perrazo? —preguntó Sussy—. ¿Qué ha ocurrido?

—No te lo puedo contar ahora —repuso Jack—. Ve en seguida a la policía y dile dónde estamos y que no nos podemos mover porque nos vigila este perro lobo. Tal vez ellos sepan cómo se le puede dominar. ¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!

Podéis ayudarnos. Es la primera vez que me hace feliz vuestra curiosidad. Hoy se os puede perdonar que seáis tan pelmas.

—Haz el favor de no insultarnos —dijo Binkie.

Mientras hablaban, se acercó un poco más. Pero *Nabber* lanzó otro gruñido, y tan espantoso que la niña se asustó y dio un salto hacia atrás.

Scamper profirió un gemido lastimero. ¡Cuánto lamentaba no poder mantener a raya al perro lobo!

—¡Jack! —gritó Sussy—. ¡No te preocupes! Haremos lo que nos dices y tan rápidamente como podamos. ¡Adiós, hasta luego!

—Ahora veo —dijo Colín— que Sussy puede servir para algo. Siempre creí que era la inutilidad personificada.

—Cuando quiere, sabe lo que se hace —repuso Jack—. Irá inmediatamente a la policía y la traerá aquí. Mi hermana es muy útil precisamente cuando conviene que lo sea.

Los Siete oyeron que las voces de las muchachas se alejaban. Los timbres de las bicicletas sonaron una vez más, y luego todo quedó en silencio. *Scamper* lanzó un leve gemido y volvió a echarse en la hierba.

—¡Ánimo, *Scamper*! —exclamó Peter acariciándole la sedosa cabeza—. Espero que *Nabber* tendrá bastante juicio para no atacar a la policía. Desde luego, a los perros de esta raza es mejor tenerlos como amigos que como enemigos.

Nabber se había echado cuando se fueron las dos chicas, lanzando un suspiro que equivalió a decir:

«¡Qué latosos son estos chicos! Y ¡qué misión tan fastidiosa me han encargado! ¡Estar vigilándoles toda la noche!».

—¡Ánimo, *Nabber*! —le dijo Colín—. Todas las noches tienen su fin y ésta puede acabar antes de lo que crees.

Nabber estaba tendido cuan largo era, y miraba a Colin como si lo escuchara. Luego lanzó un gran bostezo, dio media vuelta y volvió a quedar de espaldas al grupo.

—No le importamos un pito —comentó Janet—, pero lo prefiero así. ¿Y si cantáramos un poco para animarnos?

Empezaron a cantar a coro y con toda la fuerza de sus pulmones. Esto disgustó a *Nabber*, que levantó la cabeza y pronto tomó parte en el concierto con unos aullidos tan prolongados, que hicieron reír a todos, poniendo fin a la canción.

—Lo mejor será que estemos atentos a la llegada de la policía —exclamó Peter—. Pueden aparecer de un momento a otro. ¿Oís? Parece el ruido de un coche. ¡¡HURRA!!

A *Nabber* lo meten en cintura

Sí, un coche se acercaba. Y parecía muy potente. Sus grandes faros iluminaban el bosque, haciendo danzar a las sombras.

Se detuvo en el mismo sitio donde habían estado las dos chicas con sus bicicletas. Luego se oyó un potente vozarrón:

—¿Estáis ahí, muchachos?

—Sí —contestó Peter a grito pelado—. Pero no nos podemos mover porque nos vigila un gran perro lobo. ¿No oye sus gruñidos?

Tan pronto como dejó de funcionar el motor del coche de la policía, el agente oyó ladrar a *Nabber*. ¡Vaya ladridos! Retumbaban en todo el bosque.

Luego, repentinamente, una camioneta de color oscuro llegó por el camino y se detuvo detrás del coche.

—También parece de la policía —dijo Jack, excitado—. ¡Qué aventura tan fantástica estamos viviendo los Siete Secretos! Incluso interviene la policía viniendo en nuestro socorro. ¡Caramba! ¿Qué es eso?

Un gran ruido salía de la camioneta. *Nabber* pareció volverse loco al oírlo. Empezó a galopar alrededor de los niños, ladrando y gruñendo ferozmente. Y *Scamper* procedió del mismo modo. El concierto de ladridos era ensordecedor.

—Esto debe de ser una pesadilla —dijo Bárbara, frotándose los ojos—. No es posible que sucedan estas cosas.

Pero todo era real, como los policías que saltaron del primer coche y se encaminaron hacia los Siete. *Nabber* volvió a gruñir ferozmente y sus dientes rechinaron.

—¡Cuidado! —advirtió Colín—. Se les echará encima si se acercan más. Tiene orden de vigilarnos hasta la madrugada.

Los dos agentes se detuvieron y uno de ellos dijo a los de la camioneta:

—¡Hay un perro lobo suelto, Harry! ¡Ante todo hay que dominarlo! ¡Suelta a tus dos sabuesos!

—¡Oh! ¡Se han traído dos de sus perrazos! —exclamó Jorge entusiasmado—. ¡Vamos a ver algo emocionante!

Un hombre se apeó de la camioneta, sujetando con una fuerte correa a dos enormes, imponentes y nerviosos perros lobos. Tiraban de la correa sin cesar de ladrar. Uno de ellos olfateó a *Nabber*, que seguía vigilando a los niños, y lanzó un ladrido tan feroz, que los corazones de los Siete empezaron a latir con violencia.

—¡Por favor! —suplicó Janet—. ¡No hagan daño a *Nabber*! ¡No es malo! No le maltratarán, ¿verdad que no?

—No le haremos nada si se porta bien, señorita —repuso el hombre que conducía a los dos perros—. ¿Queréis sujetar al vuestro? ¡Que no haga el menor movimiento, por favor! Y vosotros, quietos también, mientras mis perros cumplen su misión.

Janet cogió en seguida a *Scamper*, que estaba temblando de excitación, y lo

acomodó en su regazo para poder sujetarlo mejor. No tuvo que esforzarse demasiado, ya que *Scamper* no sentía el menor deseo de mezclarse con aquellos perros que parecían gigantes a su lado.

Los Siete Secretos no olvidarán nunca lo que ocurrió entonces. Ninguno de ellos había visto trabajar a un perro amaestrado por la policía.

Los sabuesos y el domador se entendían tan perfectamente como si los nobles animales comprendieran las órdenes antes de recibirlas.

—Ahora voy a soltar mis perros —anunció el domador—. Nos os mováis ni gritéis. ¡No os harán ningún daño! Ni siquiera se fijarán en vosotros. Se limitarán a acorralar a *Nabber* y a traérmelo.

Los niños presenciaron la escena en silencio y a la luz de los faros del coche. Janet apretó tanto a *Scamper* para sujetarlo, que el animalito lanzó un gemido lastimero.

Los dos perros policías se acercaron sigilosamente al lugar donde estaban sentados los Siete y fijaron sus miradas en *Nabber*. Éste daba muestras de temor. Se escondió tras el tronco de un árbol con los ojos brillantes. Al ver que se acercaban a él los dos perros, empezó a gruñir.

—¡Acorraladlo! —ordenó el domador—. ¡Hala, *Sasha*!

Al oír la palabra «¡Hala!», *Sasha* dio un gran salto hacia delante, otro hacia un lado, y en un segundo se colocó detrás del sorprendido *Nabber*.

—¡Ahora tú, *Vanja*!, gritó el domador.

Y *Vanja* se situó frente a *Nabber*, dispuesto a saltar sobre él si intentaba huir, y fuera cual fuere la dirección que tomara. *Nabber* trató de escapar por la derecha y por la izquierda, enseñando los dientes. Después dio un salto por encima del perro que tenía delante y desapareció en el bosque.

—¡Perseguidlo, cogedlo! —gritó el domador.

Pronto se oyó el ruido de la lucha en la maleza, y *Nabber* volvió a todo correr en dirección a los chicos. Saltó por encima del alarmado grupo y luego sobre *Sasha* y *Vanja*, que intentaban cortarle el paso. Las niñas estaban asustadas, pero los muchachos se divertían de lo lindo.



—Me parece estar en el circo —susurró Peter al oído de Jack.

Los dos seguían con la vista a los tres perros que saltaban, se perseguían y se esquivaban. *Sasha* y *Vanja* mordían a *Nabber* de vez en cuando, y desaparecían momentáneamente entre los árboles. Además, a cada momento volvían al lado del domador, que seguía dándoles órdenes.

Al fin, *Sasha* consiguió alcanzar a *Nabber* por detrás y le atenazó la nuca con los dientes.

Nabber aulló y trató de liberarse. Después empezó a gemir.

—¡Sujétalo, *Sasha*! ¡No lo sueltes! —exclamó el domador—. ¡Tráelo, tráelo aquí! Ya no se escapará... Ven, *Nabber*, ven. Así. Acércate más.

Y para sorpresa de los niños, el feroz *Nabber*, con la cabeza gacha y cojeando, se acercó al domador. A su lado iban *Sasha* y *Vanja*, moviendo victoriosamente sus colas. El hombre acarició la cabeza de *Nabber*, le tiró cariñosamente de las orejas, y cuando *Nabber* se estremecía de placer, le hizo cosquillas en el cuello. *Sasha* y *Vanja* contemplaban gravemente la escena y esperaban su parte de caricias y felicitaciones.

—¡Bravo! —exclamó Jorge, lleno de admiración.

—¡Cómo me gustaría saber domar así a los perros! Cuando sea mayor, aprenderé ese trabajo.

Un comisario de policía se acercó a los chicos.

—Bien, se acabó el espectáculo —dijo—. Vamos a ver si cabéis todos en nuestro coche. Así os podremos llevar a casa. Las dos muchachitas que han venido a contarnos vuestros apuros se alegrarán de saber que estáis a salvo, y supongo que lo mismo les pasará a vuestros padres. Pero ahora, decidme: ¿por qué estabais aquí a estas horas de la noche, prisioneros de este perro? ¿A quién pertenece?

Ya en el coche, los niños explicaron detalladamente lo sucedido. Hablaron de las condecoraciones robadas, de Tom Smith, de lo que éste les había dicho del árbol que tenía una grieta en la que no le cabía la mano, y de que ellos, los Siete, decidieron ir a

recuperar las medallas. Y luego explicaron todo lo que les había sucedido hasta la llegada de la policía.

Entretanto, los autos habían salido del bosque y avanzaban por el camino que desembocaba en la carretera principal.

El comisario había escuchado el relato de los niños atentamente sin interrumpirles. Luego preguntó:

—¿Sabéis los nombres de esos dos individuos? ¿Los reconoceríais si los vierais? Creo que son dos sujetos a los que hace tiempo que les seguimos la pista por una serie de robos y otros delitos.

—Pues verá —dijo Peter—. Uno de ellos aseguró que se llamaba Tom Smith, y éste daba al otro el nombre de Willy...

Pero de pronto, cuando pasaban ante una posada llamada «La liebre y los perros», se calló. Luego, cogiendo al policía del brazo, dijo:

—Señor, ¿podría parar el coche? Me parece que he visto a Tom Smith acompañado de Willy. Salían de esa taberna. Estoy casi seguro. Willy gritaba. Sin duda están disputando sobre las medallas.

Y ante el asombro del comisario, Peter se echó a reír a carcajadas. No es extraño que se riera, ya que tenía las medallas en el propio bolsillo, pero el policía ignoraba aún eso. Peter estaba decidido a que Colín devolviera personalmente las medallas al general, ya que así se lo había prometido.

El coche frenó y se detuvo exactamente junto a los dos hombres. Tom replicaba a Willy, que le increpaba, furioso.

La camioneta que iba delante, al darse cuenta de que el coche se había detenido, frenó. Sus ocupantes esperaron las órdenes del comisario.

Éste, después de bajar del coche, se acercó al conductor de la camioneta.

—Vamos a detener a esos dos individuos para interrogarlos. Venga. Creo que hemos encontrado a los hombres que buscamos. Ese perro lobo llamado *Nabber* pertenece a uno de ellos.

La sorpresa de Tom y Willy fue extraordinaria al ver que dos policías los detenían. Acto seguido, los condujeron a la camioneta y los encerraron junto a los tres perros lobos. *Nabber* se emocionó al ver a su amo, al que lamió de arriba abajo. Y Willy se sorprendió al reconocer a su perro.

—¿Estaré soñando? —dijo, acariciando a *Nabber*—. Desde luego, esto parece un sueño. Te dejé con los chicos y te encuentro con la policía. Menos mal que tú, *Nabber*, intervienes en mi sueño. Así podrás cuidarte un poco de mí, ¿verdad?

También Janet empezaba a creer que todo era un sueño, cuando los dos coches emprendieron de nuevo la marcha, llevando a siete niños, cuatro perros, dos policías, un domador y dos detenidos.

—Quiera Dios que no tenga que subir nadie más —suspiró Janet.

Los dos coches entraron en el pueblo y pararon en una plazuela.

—Ahora, muchachos, bajad —dijo el comisario—. Ya es hora de que os vayáis a

la cama. Contad a vuestros padres lo sucedido, decidles que no es nada grave y que nosotros estamos muy satisfechos de vuestro trabajo nocturno. Lo único que me falta es encontrar las medallas del general en el bolsillo de Tom Smith.

Pero el comisario no las encontrará, pues siguen en el bolsillo de Peter. Únicamente una persona irá a devolver las medallas al general Branksome, y esta persona es Colín.

Lo habéis hecho muy bien. Siete Secretos

Los padres de los niños respiraron al verlos sanos y salvos. Todos hicieron las mismas preguntas.

—¿Dónde habéis estado para llegar a estas horas? ¿Qué habéis hecho? Vuestra conducta es imperdonable. Estábamos muy preocupados.

Sussy se había sentido también profundamente preocupada, y se alegró de veras al ver aparecer a su hermano en la verja del jardín. Le había esperado, impaciente. Binkie la acompañaba en la espera.

—¡Aquí está! —exclamó Sussy, corriendo hacia la puerta—. Viene en un coche de la policía. ¡Con qué rapidez ha actuado esta vez la «poli», Binkie!

—Sí, pero te confieso que no las tenía todas conmigo cuando fuimos a la comisaría a explicar que los Siete estaban en el bosque con un terrible perro lobo por guardián. Estoy segura de que el primer agente con que hablamos no nos creyó.

—¡Oh, Jack! ¿Os rescató la policía? —le preguntó Sussy, mientras le daba un fuerte abrazo, con gran sorpresa de Jack—. Estaba muy preocupada. Dime, cuenta, ¿qué ocurrió?

Jack le explicó la llegada de los coches de la policía. También le describió cómo el magnífico domador y sus sabuesos habían amansado al furioso *Nabber*.

—¡Oh! Cómo me habría gustado verlo —exclamó Binkie—. ¡Qué cosas tan emocionantes os ocurren a los Siete Secretos!

—Sí, pero también nos hemos expuesto mucho —dijo Jack—. Esta aventura ha sido peligrosísima. Sinceramente, os confieso que no sé qué hubiera sido de nosotros si a vosotras no se os hubiera ocurrido venir. Hay que bendecir por una vez que seáis tan fisgonas. Porque a curiosas no hay quien os gane. A propósito, Sussy. ¿Cómo te enteraste de que estábamos en el bosque? ¿Acaso husmeaste en mi agenda? Creo que anoté en ella el lugar y la hora del encuentro con mis seis amigos. Si es así, debo decirte que es una falta de educación meter las narices en los asuntos privados de los demás.

—Ya lo sé —contestó Sussy—; pero no puedo contener mi curiosidad cuando sospecho que tú y tus amigos lleváis algo entre manos. ¡Son siempre tan emocionantes vuestras aventuras...! Cuando encontré en el suelo tu cuaderno de notas, no pude resistir la tentación de hojearlo. Lo leí todo. Entonces telefoneé a Binkie y decidimos dirigirnos al bosque en nuestras «bicis». Fue una suerte para todos.

—Desde luego, fue una suerte —dijo Jack—. Pero has obrado mal, Sussy. Sólo las chicas sois capaces de hacer una cosa así.

—¿Entonces también curiosean Janet, Bárbara y Pamela? —exclamó Binkie.

—No, ellas no —aseguró Jack, y en seguida cambió de tema—. Pero, desde luego, ha sido una suerte que tú y Sussy nos ayudaseis a salir del apuro. Casi pesco una tortícolis por culpa de la vigilancia del perro lobo. Su nombre es *Nabber*, pero

debería llamarse *Cancerbero*.

A la mañana siguiente continuaron las emociones. La policía se entrevistó con los Siete Secretos y escuchó su relato sobre el hallazgo de las medallas.

—Pero lo que no sabemos y quisiéramos saber —dijo uno de los agentes— es dónde diablos están las condecoraciones. No estaban en los bolsillos de ninguno de los dos ladrones, y ellos se mostraban tan sorprendidos como nosotros de su desaparición. Tom Smith sacó el estuche, y al abrirlo, vimos que no estaban en él las medallas. Registramos a los ladrones y pudimos comprobar que no las llevaban encima.



—¡Qué raro! —comentó Peter gravemente.

Y Janet asintió con la cabeza.

—¡Es curioso! —Exclamaron Bárbara y Pamela, conteniendo la risa.

—¡Increíble! —Dijeron Jorge y Jack.

—Sería interesante saber dónde están esas medallas —dijo Colín con la mayor seriedad.

Y sus compañeros celebraron su impasibilidad con muecas de inteligencia, pues todos sabían que las condecoraciones estaban en su bolsillo, cuidadosamente envueltas en un papel de seda que el propio Colin había cogido de la cómoda de su madre. Peter se las había dado hacía una hora y le había dicho que él y sólo él debía entregarlas al general cuando le fuera posible.

Colin sintió ciertos escrúpulos cuando Peter le entregó las medallas.

—¿Estás seguro de que debo ser yo y no la policía quien las devuelva a su dueño? —preguntó—. ¿No se enfadará conmigo el comisario? Claro que sólo así podremos evitar que el general se desprenda de un dinero que sin duda necesita.

—Es cosa decidida que se las entregues tú —dijo Peter—. Ya sé que todos hemos participado en la busca, pero fuiste tú quien le prometió devolvérselas.

Y al fin llegó el momento de visitar al general para entregarle las medallas. Colín estaba nervioso. Dudaba de que consiguiera exponer con claridad el complicado

asunto de Tom, Willy y *Nabber*. Temía armarse un lío y dar lugar a que el general se lo armase también. Al fin se dijo:

«Me parece que me limitaré a ponérselas en la mano».

Esta vez no pasó por encima del muro del jardín, sino que llamó discretamente a la puerta. Ema le abrió.

—¡Hola, Colín! Pasa. Está la policía, pero se marchará en seguida.

—¿La policía? ¡Oh! Entonces volveré —dijo Colin, muy asustado.

Pero Ema lo empujó por el pasillo que conducía a la sala.

Allí estaban el anciano general y los policías que habían conducido los coches la noche anterior.

—Nuestro vecinito quiere verle —anunció Ema, haciendo pasar a Colín.

El general Branksome le saludó amablemente.

—Buenos días, Colín. Tengo que darte una noticia. La policía me ha devuelto el estuche de las condecoraciones y tiene esperanzas de recuperar también las medallas. ¿Qué te parece?

—Señor —se apresuró a decir uno de los policías—, la verdad es que no tenemos idea de dónde están las medallas —y volviéndose a Colín, añadió—: Tal vez este muchacho logre hacerle comprender que tenemos pocas esperanzas. Hemos pensado que le gustaría recuperar el estuche aunque estuviese vacío y por eso se lo hemos traído.

—Colín me prometió recuperarlas —dijo firmemente el general—, y yo lo creo. Es uno de esos muchachos que cumplen su palabra por encima de todo. Vive en la casa de al lado y lo conozco muy bien.

—¿Me permite ver el estuche? —preguntó Colín. Y el general se lo entregó.

Colín lo abrió, introdujo la mano en su bolsillo y sacó las medallas cuidadosamente envueltas en papel de seda. Las desenvolvió y las fue colocando una por una en el estuche.

Los policías no podían dar crédito a sus ojos. Miraban a Colín estupefactos, sin decir palabra. ¡Eran verdaderamente las condecoraciones! ¡Relucientes medallas de oro! ¿Estarían soñando?

El general contemplaba también a Colín, pero sonriendo apaciblemente, sin que su cara llena de arrugas reflejara la menor sorpresa.

—¿Ven ustedes? ¿Qué les he dicho? —exclamó, dirigiéndose a los dos sorprendidos policías—. Les he asegurado que este chico cumpliría su palabra y, como ven, no me he equivocado. ¡Para él serán las cincuenta libras!

—No, muchas gracias —se apresuró a decir Colín—. No queremos el premio. Por eso precisamente me han encargado a mí el devolvérselas. Así no tendrá usted que entregar una suma tan importante. Todos nosotros nos hemos divertido mucho al tratar de recobrar sus condecoraciones. Puede usted creerme.

Los dos policías se quedaron mirando en silencio a Colín. Se sentían orgullosos de haber devuelto el estuche al general, y ahora resultaba que aquel chico le devolvía

las condecoraciones.

—Bueno, bueno; habrás de contestarnos a varias preguntas, muchacho —dijo uno de los policías—. Vamos con la primera. ¿Dónde encontrasteis las medallas tú y tus amigos? Nosotros lo registramos todo y no pudimos dar con ellas.

—Estaban en el tronco de un árbol, en una grieta —respondió Colín, riéndose en su fuero interno.

—¿Acaso las colocasteis vosotros mismos allí?

—¡Oh, no! Las escondió Willy. ¡Tiene las manos tan pequeñas...!

Entretanto, el general había ido examinando una por una las medallas. Tras el examen, volvió a colocarlas en su sitio, y seguidamente colgó el estuche abierto en su sitio de honor sobre la chimenea. Luego fue a la puerta y gritó:

—Ema, tengo compañía. ¡Trae algo para comer y beber! ¡Mis medallas están otra vez aquí!

Los dos policías no pudieron quedarse a merendar y a charlar con el anciano, por lo que se despidieron. Dando unos golpecitos en la espalda a Colín se marcharon. Iban pensativos.

—Ha sido una lástima que ese chico no nos lo haya contado todo a nosotros —dijo uno de los policías.

—Pues yo creo —opinó el otro— que hizo bien en llevárselas él mismo al general, ya que, como has oído, había dado palabra de recobrarlas.

—Todo esto resulta un poco extraño —añadió el primero—. No comprendo cómo pudo dar con el escondite.

—Cuando se desea intensamente hacer algo en beneficio de otro, siempre se halla el medio de conseguirlo. ¿No lo has observado?

Aquel día el anciano general se sintió tan feliz como un chiquillo. Se divirtió de veras cuando Colín le contó con todo detalle la aventura. Y él mismo se la refirió a Ema una y otra vez.

—Quisiera que se me ocurriese algo para obsequiarle a él y a sus amigos —exclamó—. Como usted ha visto, Ema, no aceptan el premio en metálico. Son siete. Y además, hay dos muchachas que los ayudaron y que se llaman Sussy y Binkie.

También hay un perro que se llama algo así como *Campo* o *Campana*...

—Ya sé; usted se refiere a *Scamper*. Escuche, señor. ¿Qué es lo que más le gusta a usted? ¿Qué es lo que más le gusta mirar y llevar puesto?

—Mis medallas —contestó rápidamente el general.

—Entonces, ¿por qué no regala usted una medalla a cada uno de esos niños? Estas medallas pueden ser pequeñas y llevar grabados en una cara el nombre de su dueño, y en la otra la insignia del club y la inscripción: «Por valiente». Pues, por lo que he oído contar de ellos, son valientes de verdad.

—Ha tenido usted una idea magnífica, Ema —exclamó el general—. Desde luego, es el regalo más indicado. Y les pediré que me dejen asistir a su próxima reunión para ponérselas. ¡Oh, qué bien lo pasaremos!



De modo que la próxima semana se celebrará una reunión extraordinaria en el cobertizo. La presidirá el general, el cual repartirá diez medallas... Sí, diez. Binkie y Sussy serán también condecoradas, pues Peter ha dicho que es lo justo.

¿Diez he dicho? Vamos a ver, contemos: siete para los Siete Secretos, la octava para Sussy y la novena para Binkie. Por lo tanto, sólo son nueve.

—¡Guau, guau, guau!

¡Es verdad! La décima es para ti, *Scamper*. ¡No faltaba más! Tú también has participado en la aventura. ¡Qué orgulloso te sentirás cuando corras por las calles con una medalla en el collar, a modo de colgante!

Te felicitamos y felicitamos al club de los Siete Secretos en pleno. Y os deseamos que corráis muchas más aventuras.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.